

11671

Julio 18/68

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA LEVITA,

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA.

SEGUNDA EDICION.

178

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.^o
1868.

L47 - 5714

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

- Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
A belardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor saizador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artificio por artificio.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Baroncelro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Castro agravios y ninguno.
Como se compone un marido!
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contraste s.
Gatilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carniol i.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Cura y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Dónde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honr.
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la uueda.
¡Está loca
- En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filantropo.
El hijo de tres padres.
El ultimo vals de Weler.
El hongo y el mirinaque.
¡Es una maiva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El oncenno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Schasopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquésito.
El reloj de San Placido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandar te español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El honor en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faldas juveniles.
Francisco Bizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el
- abijado de todo el mundo.
Genio y figura.
Historia china.
Haer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Instintos vehementes.
Isabel de Medicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles
Los dos inseparables.
La pesadilla de un rasero.
La hija del rey Reno.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los exaltis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidroobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La niña Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoria).
La calle de la Montera
Los pecados de los padres.
Los niños.
Los moros del Riff.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LINGÜAS DE LA CALERIA

EL TENTADO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

LA LEVITA.

José Rodríguez

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

- CORREGIR AL QUE YERRA. . . Comedia en un acto, original
en verso.
- EL ONCENO NO ESTORBAR. . . Id. en un acto, id. id.
- LA ESCALA DEL MATRIMONIO.. Id. en tres actos, id. id.
- CANDIDITO. (Segunda edicion.) Id. en un acto, id. id.
- NO LO QUIERO SABER. Id. en un acto, id. id.
- ¡POBRES MUJERES! (Segunda
edicion.) Id. en un acto, id. id.
- EL PIANO PARLANTE. Id. en tres actos, id. id.
- EL SUEÑO DE UN SOLTERO. . . Id. en un acto, id. id.
- MONEDA CORRIENTE. Id. en tres actos, id. id.
- CUESTION DE FORMA. Id. en tres actos, id. id.
- EL JUGADOR DE MANOS. . . . Comedia en tres actos arre-
glada del francés.
- LA CIRCUNSTANCIAS. Id. en tres actos y en prosa,
original.
- LA CHISMOSA. Id. en tres actos y en verso.
original.
- LA LEYITA. (Segunda edicion.) Id. en tres actos, en prosa,
original.

LA LEVITA,

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAR.

Estrenada en el teatro del Príncipe la noche del 29 de Febrero de 1868,
á beneficio del primer actor de carácter Sr. D. Francisco Oltra.

55/6

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.

PERSONAJES. ACTORES.

EMILIA.....	DOÑA MATILDE DIEZ.
ISABEL.....	DOÑA ELISA BOLDUN.
ROSA.....	DOÑA EMILIA PLÓ.
CESÁREO.....	DON JUAN CATALINA.
EL SEÑOR VALERIANO.....	DON MANUEL CATALINA.
DON MANUEL.....	DON FRANCISCO OLTRA.
UN NIÑO DE DIEZ AÑOS...	VARELA.
UN MOZO DE CAFÉ:.....	DON RAMON MENOR.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Liricas de los *Sres. Cullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL PINTOR DON GONZALO SALVA,

su mejor amigo,

El Autor.

ACTO PRIMERO.

Sala reducida con puertas en el foro, primero y segundo término de la izquierda, y dos balcones en los equivalentes de la derecha. Delante de la primera puerta lateral, una mesita-velador con recado de escribir. Sillería tapizada de damasco; portiers, alfombra de fieltro, y demas accesorios con ese sello de heterogeneidad que caracteriza los mueblajes de alquiler.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA, repasando la libreta del gasto diario, é ISABEL, poniéndole el bolsillo del pecho á una levita de su padre, con un retal de gró muy lleno de colorines.

ISABEL. Verás como á papá no le gusta y me cuesta poner otro bolsillo.

EMILIA. Y ¿por qué no ha de gustarle?

ISABEL. Porque es tan churrigueresco, que va á ser el hazme reir del que se lo vea.

EMILIA. Sí, porque con la levita cerrada van á desabrocharle precisamente para verle el bolsillo del pecho.

ISABEL. Pero al sacar algo, puede inadvertidamente tirar de él, y...

EMILIA. ¿Y qué verían? un retal de un magnífico vestido de gró

que tu madre llevaba en Santander, cuando su marido era secretario del gobierno, y no habia vendido aún las tres casas y las tierras que tenia en Zaragoza.

ISABEL. Muy santo y muy bueno; pero eso no quita para que el bolsillo estuviere mejor de percalina negra.

EMILIA. Es que el retal le tengo en casa, y la percalina la habia de comprar, y como tu padre no tiene más que diez mil reales de sueldo y las cosas están carísimas, se necesitan muchos remiendos en el interior, para que quede algo con que poder revocar la fachada.

ISABEL. ¡Ay! qué ganas tengo de ser rica.

EMILIA. Otras pueden quejarse con más motivo.

ISABEL. Es verdad.

EMILIA. Tú al ménos no careces de lo necesario. Nuestra posición, ciertamente, no es ni con mucho la que nos corresponde; pero cubrimos nuestras necesidades; tenemos una criada y una casa decentemente puesta, y aunque de alquiler, como todos los muebles, no te falta tu piano para fomentar tu decidida afición por la música. Por lo tanto, preciso se hace observar la mayor economía en aquello que se relaciona con nuestro modo secreto de vivir, para no decaer en el concepto del mundo, que solo juzga por lo que ve, y para quien la pobreza es el más repugnante de los vicios.

ISABEL. Por mi parte, ya ves que hago lo posible por economizar. Repasa la libreta y dime si encuentras excesivo que unos días con otros salga por diez y seis reales la manutención de cuatro personas.

EMILIA. Verdaderamente no puede gastarse ménos. Sin embargo, no creas que este artículo es el más importante.

ISABEL. Pues no podrán decir que gastamos en nada supérfluo. Hace año y medio que solo toco al piano mi repertorio antiguo por no comprar papeles; y eso que en los dos meses que llevamos en Madrid, no oigo por todas partes más que el bolero de *La Tertulia*, que deseo aprender hace tanto tiempo.

EMILIA. Pues, hija mia, paciencia. Ya te doy un real todas las

semanas para que poco á poco vayas renovando tu biblioteca musical. ¿Cuánto tienes ya recogido?

ISABEL. Tenia siete reales.

EMILIA. Tenias? pues en qué los has invertido?

ISABEL. En un pañuelo que he bordado para regalársele á papá mañana, que son sus dias.

EMILIA. Sí? ¡Hija de mis entrañas! ¡Señor, que el maldito dinero haya de influir tanto en la felicidad de las personas! ¿No merecia esta pobre criatura que yo me marchase ahora á un almacén y la comprase toda la música que se ha escrito?

ISABEL. Pero como no puede ser, me das un beso y estoy excesivamente recompensada.

EMILIA. Ven, ven, que tienes el corazon más hermoso... (Se la sienta en sus rodillas y la besa repetidas veces.)

ISABEL. Trató de imitarte en lo posible.

EMILIA. ¡Pobrecita de mi alma! ¡Con tu educacion y tu talento no poderte procurar una expansion de esas que son tan naturales á tu edad! ¡Pasar lo mejor de tu vida llena de privaciones, zurciendo y remendando, sin más galas que tu vestido negro de seda, que está sirviéndote hace tres años para las grandes solemnidades! ¡Y todo sin una queja, siempre con la sonrisa en la boca!

ISABEL. Anda, tontita, no te apures, que aún has de verme casada con algun potentado, y entónces todos seremos felices.

EMILIA. No es porque no lo merezcas; pero, hija mia, el dinero busca dinero.

ISABEL. Tambien hay quien aprecia la virtud.

EMILIA. Por supuesto que yo dudo y hago mal, porque á juzgar por las apariencias, no seria difícil que se realizase tu prediccion.

ISABEL. ¿Cómo?

EMILIA. Sí, sí, hazte de nuevas. Mucho coqueteas tú con el señor Valeriano.

ISABEL. ¡Jesus! ¡qué ocurrencia! Habeis dado papá y tú en la manía...

- EMILIA. Tú dirás lo que te dé le gana, pero á todas horas le tienes sentado al extremo de su mostrador, mirando á nuestros balcones con mucha insistencia.
- ISABEL. ¡Qué bromas tienes! El pobre hombre ni se habrá fijado en mí.
- EMILIA. Yo no sé, pero en pocos días nos ha visitado ya dos veces.
- ISABEL. Para reconocer esta casa, que está de venta, por si le convenia adquirirla.
- EMILIA. Vaya! que las madres cazamos muy largo, y yo he sorprendido en él ciertas miradas que me han dado que sospechar. (Isabel se sonrie tomándolo á broma.) ¡Qué sabemos! El señor Valeriano es jóven, no mal mozo, rico...
- ISABEL. ¡Por Dios!
- EMILIA. Aún hemos de verte en la trastienda con unos mitones de estambre, vigilando á los mancebos, que temerán más que á su amo á la señora Isabel.
- ISABEL. (Apurada.) ¡Mamá!
- EMILIA. Tonta, no te apures; ¿no conoces que es una broma que te gasto?
- ISABEL. Es que como verdaderamente he sorprendido esa insistencia en el señor Valeriano, y al contemplar nuestra posicion recuerdo que toda hija debe sacrificarse por sus padres...
- EMILIA. ¡Calla, calla! ¡aunque nos vieramos en la indigencia! ¡Casarse por especulacion! Nunca te lo aconsejaré.
- ISABEL. Yo creo que el cariño no puede despertarse en mí para depositarlo en un hombre cuya educacion difiere tanto de la mia.
- EMILIA. ¿Pero habias pensado en ello sériamente?
- ISABEL. Sí, mamá, me asusta veros en la pobreza.
- EMILIA. Vamos, hija, tranquilízate, que no es nuestra situacion tan precaria.
- ISABEL. Creí que no atreviéndooos á decírmelo francamente, vuestras bromas sobre el particular envolvian un consejo.
- EMILIA. ¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué criatura! Vaya, no te ocupes más

de eso, porque ni soñar lo debiste.

ISABEL. ¡Ay! ¡Papá! (Viendo entrar á Cesáreo.)

ESCENA II.

DICHAS y CESÁREO con un ejemplar para piano del bolero del baile de *La Tertulia*.

EMILIA. ¡Chico! ¿Cómo en casa á estas horas? ¿pues y la oficina?

CESAREO. Están de obra en nuestro departamento, y nos han dado huelga hasta pasado mañana.

ISABEL. ¡Ay qué gusto! Celebraremos juntos tu santo.

EMILIA. Es verdad.

CESAREO. Lo de celebrarlo es muy cuestionable; digo, si la celebración ha de consistir en hacer algun exceso.

EMILIA. De ningún modo. Pero, señor; no parece sino que no puede haber solemnidad sin comilona, regalos, diversiones y gastos superfluos. ¡Qué mayor satisfaccion que la de vernos reunidos con salud, almorzar como de ordinario, ponernos nuestros trapitos y marcharnos á dar un paseo hasta la hora de comer, dando fin al programa con una partida de tresillo!

CESAREO. Admirable.

ISABEL. Aprobado.

CESAREO. Yo me pondré mi levita de dos filas de botones, que me da cierto carácter diplomático.

ISABEL. (Enseñándole la levita.) Mira, ahora acabo de ponerte el bolsillo.

CESAREO. ¡Caramba! ¡qué alegre es!

ISABEL. ¿Verdad que no te gusta?

CESAREO. ¿Cuesta dinero?

ISABEL. No.

CESAREO. Pues entónces es inmejorable.

ISABEL. ¿La guardas, mamá?

EMILIA. Después; déjala sobre una silla. (Isabel deja la levita sobre una de las sillas del foro.)

CESAREO. Están los tiempos muy malos, y hasta reponernos de

nuestra crujida, es preciso ántes de gastarle, que le demos catorce vueltas á un ochavo.

EMILIA. ¡Sí, que el horno está para tortas! Hoy ha subido el pan dos cuartos.

CESAREO. ¡Anda, anda! ¡por las nubes, para que no pueda comerlo más que la córte celestial! En fin, dejémonos de lástimas, porque si no procuráramos distraernos, no habria buena digestien posible. (Ap. á Emilia.) (Verás qué alegría le doy á Isabel.) Nena, oye.

ISABEL. ¿Qué quieres, papá?

CESAREO. Vamos á ver, ¿qué preferirias que te regalase mañana?

ISABEL. ¡Ay! ¿Alguna cosa que me has comprado?

CESAREO. Puede, puede. ¡Quién sabe! (Llevándose la mano al bolsillo del pecho.)

ISABEL. Sí, sí; la llevas en el pecho. Qué es? dímelo.

CESAREO. No; tú aciértalo. (Cesáreo y Emilia hablan en voz baja y se sonrien.)

ISABEL. ¿Qué podrá ser? ¿un estuche de bordar?

EMILIA. No.

CESAREO. Frio, frio.

EMILIA. Mejor que eso.

ISABEL. Algun córte de...

CESAREO (Precipitadamente.) No, no.

EMILIA. Mucho más frio.

ISABEL. ¡Caramba! ¿qué será?

EMILIA. Tú piensa algun objeto de tu gusto.

ISABEL. Libros, papeles...

CESAREO. Caliente, caliente.

ISABEL. ¿Alguna pieza para piano?

EMILIA y CES. (Aumentando la voz.) Caliente, caliente.

ISABEL. (En el colmo de la alegría y arrojándose sobre su padre.) ¡Ay! ya sé. ¡El bolero de *La tertulia!*

CES. y EMILIA. ¡Que se abrasa, que se abrasa! (Isabel le arrebatata el ejemplar á su padre, y este y Emilia se rien saboreando su satisfaccion.)

ISABEL. ¡Ay! ¡qué alegría! Papá, tantas gracias. (Abrázándole.)

¿Pero por qué haces esto?

CESAREO. Hija mia, porque no puedo hacer otra cosa.

ISABEL. Voy á estudiarle en seguida, para ver si mañana le toco ya.

EMILIA. Pero mira, pon el celeste, porque si no, cuando llegas á tocar alguna cosa estamos hartos de oirla á tropezones y ya no nos causa ilusion.

ISABEL. (Á su padre.) Yo tambien te tengo dispuesto un regalo para mañana; pero no te lo digo porque quiero sorprenderte.

CESAREO. ¡Hola! ¿tambien tú?

ISABEL. ¡Vaya! Y me ha salido muy bien bordado!

EMILIA. Adios sorpresa.

ISABEL. ¡Ay, qué tonta! Pero no, no ha caido en lo que es; ¡tantas cosas se pueden bordar!

CESAREO. (Disimulando.) Tiene razon; no sospecho...

ISABEL. Nada, nada; ya lo verás.—No me descubras tú. (Á su madre.)

EMILIA. ¿Yo? (Protestando guardar secreto.)

ISABEL. Adios, adios. (Abre el bolero y váse por la segunda puerta izquierda tarareando los primeros compases, cuyo tiempo marca con la mano.)

ESCENA III.

EMILIA y CESAREO.

CESAREO. Ahí la tienes loca de contento con una bagatela. Es un ángel nuestra hija!

EMILIA. No lo sabes bien. Momentos ántes de venir tú, ha habido una escena en que he tenido que armarme de resolucion para no ponerme á llorar á lágrima viva.

CESAREO. ¿Pues y eso?

EMILIA. Que como la gastamos bromas con el señor Valeriano, ha creido que tácitamente la inducíamos al matrimonio por ese medio, y la pobrecita de mi corazon, luchando con la repugnancia que es natural, casi estaba decidida á sacrificarse por mejorar nuestra suerte.

CESAREO. (Conmovido.) Sí? vida mia!

EMILIA. Naturalmente me ha afectado, porque cuando debíamos ser nosotros los que conservásemos nuestros bienes para Isabel, ver que ella se resigna á matar sus ilusiones en beneficio de sus padres, parece un castigo providencial.

CESAREO. Yo te aseguro, Emilia, que bien purgamos nuestras faltas.

EMILIA. ¡Quién nos ha visto y quién nos ve!

CESAREO. Amigo, todos los tiempos no son iguales.

EMILIA. No, Cesáreo, di más bien que solo vivimos al día, y que cuando tenemos dinero no pensamos en que se nos puede acabar.

CESAREO. Pero mujer, nuestra situación por lo anómala no puede durar mucho.

EMILIA. Once años hace que te estoy oyendo decir lo mismo, y cada vez es más precaria.

CESAREO. Vamos, no tientes á Dios, porque ahora al ménos no nos falta para arrimar un puchero á la lumbre.

EMILIA. Gracias á que llegamos tan oportunamente á Madrid, y Ginestal te procuró ese empleo, qué si tardamos un poco ya hubiera estado camino de Puerto-Rico.

CESAREO. Toma! á los cinco dias salió para encargarse de la intendencia general. ¡Esa es viña! ¡Quién la pescara!

EMILIA. No tendrías que envidiar hoy á nadie si hubieras seguido mis consejos.

CESAREO. ¿Y quién iba á adivinar lo que sucede?

EMILIA. Es que no habia necesidad de exponernos. ¿No teníamos treinta mil reales de renta el año cincuenta y cuatro?

CESAREO. Sí, hija, sí, los teníamos.

EMILIA. ¿Pues quién te mandaba meterte en política cuando nos sobraba para satisfacer hasta nuestros caprichos?

CESAREO. El sueldo, la consideracion...

EMILIA. Di más bien la vanidad.

CESAREO. Corriente; pero no sería mi debilidad tan censurable cuando tú también participabas de ella.

EMILIA. Yo?

CESAREO. Tú, si señor. Bien te gustaba pavonearte por Santander, oyéndote llamar la esposa del secretario, luciendo encajes y joyas en bailes y reuniones, y cruzando convites en competencia con la familia de don Manuel el administrador de Hacienda pública, que á más de su posicion oficial tenia cuatro ó cinco mil duros de renta.

EMILIA. Eso es muy cuestionable, porque si yo gastaba era tan solo por sostener tu rango, que así lo exigia. Pero dime si al quedar cesante el año cincuenta y seis no podiamos habernos reducido á vivir de nuestra renta toda vez que subsistia íntegra?

CESAREO. Justo. Un hombre que está llamando la atencion por su boato, que oficial y públicamente aboga por una causa política, y que espera verse elevado á la categoria de gobernador el dia en que prevalezcan sus ideas, va á perder la consideracion de que goza por temor á resultados que entónces no podia preveer.

EMILIA. Pues mira si don Manuel los previó.

CESAREO. ¿Tú qué sabes, si desde entónces no hemos vuelto á verle ni á tener noticias suyas.

EMILIA. Pero sé que se marchó de Santander sin duda á vivir más modestamente en otra parte.

CESAREO. Toma, tambien nosotros nos fuimos á Zaragoza.

EMILIA. Sí, al cabo de tres años, y cuando perdidas las esperanzas de medrar tuvimos que vender una casa que representaba la cuarta parte de nuestra fortuna. Y ménos mal si hubieras llevado á efecto las economías que te propusiste; pero allí los amigos empezaron á levantarte de cascos nuevamente con la diputacion á Córtes, que no se consiguió sobre costar mucho dinero, y cuyo fracaso te sugirió la peregrina idea de fundar un periódico. Á esta empresa sucedieron las reuniones, los banquetes, los viajes para los acuerdos privados, las suscripciones íncesantes para el fomento y proteccion de la idea, y por último la desaparicion de nuestros bienes hasta

el extremo de que con el producto de nuestro moviliario hayamos tenido que venir á Madrid, donde nadie nos conoce, en busca de un pedazo de pan.

CESAREO. En cambio he mantenido mi consecuencia política.

EMILIA. Pues me rio yo de la consecuencia de un hombre que acepta una plaza en el Tribunal de Cuentas, sirviendo á una situacion que tanto difiere de sus principios.

CESAREO. Hija mia, el pan ejerce gran atraccion sobre el hambre, y la política tiene una relacion muy directa con el estómago. ¡Ay de otros pobrecitos que buscan y no encuentran! Mira, sin ir más lejos, en el sotabanco de cuatro casas más arriba, vive Rodriguez, aquel oficial de la seccion de Fomento que tenia yo en Santander.

EMILIA. ¿Uno alto, rubio?

CESAREO. No, mujer; aquel que en las reuniones musicales tocaba tan bien el clarinete.

EMILIA. ¡Ah! sí, sí; ya recuerdo.

CESAREO. Pues el infeliz, viudo y con cuatro hijos, de los cuales, el mayor puede que no llegue á diez años, despues de solicitar inútilmente hasta una plaza en la orquesta de un teatro, ha tenido que meterse á cobrador de una casa de comercio, donde se gana ocho reales con obligacion de responder de las faltas y monedas falsas.

EMILIA. ¡Jesus! ¿Y cómo puede vivir?

CESAREO. Matándose á trabajar. Por las noches, cuando sale de la oficina, se va, como él dice, á rendir culto al arte; culto que consiste en recorrer las calles de Madrid con tres ó cuatro murguistas más, dando conatos de serenatas con parodias de armonías.

EMILIA. Y nosotros, con diez mil reales, vivimos llenos de privaciones, y cobrando las mensualidades adelantadas.

CESAREO. Mira, el dia uno tomé la de Febrero; estamos á veinticuatro, y por todo capital me queda esto en el bolsillo.
(Sacando tres pesetas, que vuelve á guardar.)

EMILIA. ¡Tres pesetas!

CESAREO. ¡Tres pesetas! Mañana haré que me anticipen la de Marzo.

EMILIA. Pues, Cesáreo, yo me vuelvo loca pensando en la manera de hacer economías; pero ya es imposible reducirnos más.

CESAREO. Yo te dire: es que estos dos meses primeros han sido terribles; se nos ha juntado todo; el trimestre de la casa, el alquiler de los muebles, la compra de las sábanas y los cubiertos.

EMILIA. Como que llegamos á Madrid con lo puesto, y un poco de ropa blanca para quita y pon. Ya, ya estamos bien.

CESAREO. Y por más vueltas que le des, no hay modo de prescindir de ciertos gastos. Yo llevaria babuchas de orillo y unos pantalones de puntillon, poniéndome, como el señor Valeriano, sobremangas azules á una chaqueta de color de pasa; pero como gasto levita, si se me rompe, tengo que comprarme una nueva; ni puedo llevar las botas remendadas para que los faldones y el sombrero de copa no se ruboricen; pero en cambio, el señor Valeriano gana en un día lo que yo en un mes, y puede comer perdices, riéndose del mundo, mientras yo tengo que comer patatas para que el mundo no se ria de mí.

EMILIA. ¡Qué verdad es todo eso!

CESAREO. Señor, que hacemos de la levita un signo de posicion cuando solo debe serlo de educacion; y la prueba es que si el señor Valeriano la viste, parece que le va diciendo: «Suéltame, que no soy para tí.» Al paso que yo, engañando á las gentes con mi exterioridad, disfrazo el hambre y convierto la levita en careta de mi estómago.

EMILIA. Y no sé por qué el hombre ha de temer presentarse en sociedad con la ropa remendada, siempre que lleve la conciencia sin zurcir.

CESAREO. Porque el traje ha venido á ser el regulador de las personas decentes, y para conseguir algo de la humanidad, no hay más remedio que gritarla: «Soy rico; no necesito nada tuyo.»

EMILIA. ¡Siempre presidiendo nuestros actos la maldita hipo-

eresía! No sé á dónde vamos á parar.
CESAREO. Á un cataclismo. Si Dios no fuera infalible, creería yo que se habia equivocado en la época del diluvio, porque al siglo diez y nueve le pertenece de hecho y de derecho.

ESCENA IV.

DICHOS y el SEÑOR VALERIANO.

Este viste el traje de los dias de fiesta; levita, pantalon y chaleco negros, bota de charol, sombrero de seda, y guante claro; todo flamante y rico; pero puesto de un modo que, sin qué ni por asomo resulte grotesco, lo dé el exótico caracter que imprime la levita á lo que vulgarmente se llama un artesano compuesto.

VALER. ¿Estorbo, señores?

EMILIA. ¡Hola, señor Valeriano!

CESAREO. Adelante, hombre: usted no estorba nunca.

VALER. ¿Qué tal, don Cesáreo?

CESAREO. Perfectamente. Usted siempre tan campante!

VALER. Vamos tirando. ¿Y usted, señora, buena?

EMILIA. Buena, gracias.

VALER. ¿La niña buena? (Emilia afirma.) Vamos, eso es menester, que haya salud.

CESAREO. Siéntese usted. (Se sienta.) Qué, se viene á dar otra visita á la casa por si conviene adquirirla?

VALER. Cá, no señor; tengo muchos gastos y la época es mala, aunque gracias á Dios yo no puede quejarme.

EMILIA. Sí, siempre tiene usted la lonja llena.

VALER. Parece la casa un jubileo.

CESAREO. Debe usted ganar las onzas á espuertas.

VALER. Se tragina. Y sobre todo, lo que decia mi pobrecita madre: desnudo nací, vestido me hallo, eso me gano. Miré usted, el año cuarenta y ocho, yo tenia entónces unos diez y medio escasos: eso es: en abril haré los treinta: pues el año cuarenta y ocho me quedé solo en el mundo, sin más bienes que el día y la noche, ni más amparo que el de Dios; y pidiendo limosna de pueblo en pueblo, llegué á Madrid con mis alpargatas de esparto hechas una desdicha, y entrándome por los zaragüelles

un frio capaz de helar las piedras. El señor Martinez, que entónces era el dueño de la que hoy es mi lonja, me tomó para hacer mandados y barrer, la tienda en cambio de la comida. Pues mire usted, al año siguiente ya despachaba yo al mostrador; á los tres era su factor principal; y el cincuenta y siete, cuando murió, con mis ahorritos y un pequeño crédito que me procuré, adquirí el traspaso de la lonja, con cuyo producto cubro hoy mis atenciones, no me faltan mil reales en el bolsillo, y estoy obrándome una casita en la calle de la Cruz para cuando ya no pueda trabajar tener un rinconcito donde meterme.

CESAREO. ¡Bravo, bravo! (A Emilia.) ¿Qué te parece si el azafran y las almendras dejan ganancia?

EMILIA. Ya lo creo. Á usted, al cabo del año, siempre vendrán á quedarle mil duros limpios de polvo y paja.

VALER. ¡Ah! más, más: mire usted, diez años hace que trabajo por mi cuenta, y ya tengo un capitalito de cerca de treinta mil duros.

EMILIA. ¿Treinta mil duros?

CESAREO. ¿Sí?

EMILIA. Pero esta Isabel, ¿dónde se habrá metido?

VALER. Verdad es que he hecho muchas operaciones particulares, y he guardado la mayor economía sin cuidarme del mundo para nada; porque estoy persuadido de que el dia que me falte una peseta él no me la ha de dar.

CESAREO. Amigo, es usted todo un capitalista.

VALER. No.

CESAREO. ¿Y se mantiene usted soltero?

VALER. Sí señor; pero si me salen bien las cuentas me parece que pronto entraré en la cofradía.

EMILIA. ¡Hola! ¿Ya hay moro en campaña?

CESAREO. ¿Y quién es ella, se puede saber?

VALER. Es .. su hija de ustedes. Á mí me gustan las cosas claras.

EMILIA y CESAREO. ¡Isabel!

VALER. Isabel. La ví, me impresionó, me parece que reune to-

das las condiciones para hacer feliz á su marido, y vengo á consultarlo con ustedes.

CESAREO. Pues hombre, lo siento, porque la alternativa para mí es muy difícil. No es que usted no la merezca...

EMILIA. ¡Ah! de usted no podemos decir sino que es la honradez personificada; pero Isabel creo que ignora...

CESAREO. En primer lugar eso, y despues que sin consultar las posiciones respectivas...

VALER. Poco á poco: yo ni sé ni trato de averiguar la de ustedes. El cariño para mí es un impulso ageno á toda clase de cálculos y conveniencias; y yo al pedirla por mujer no vengo á ajustar el precio de su mano. Tenga ó no tenga, la cuestion se reduce á si me quiere ó no.

CESAREO. Nosotros no podemos leer en el fondo de su alma.

VALER. ¿Pero dejarán ustedes de conocer sus inclinaciones?

EMILIA. Á mí me parece que este asunto no puede consultarse sin ella, porque á lo que entiendo el trato y la constante apreciacion de las cualidades de usted es lo único que han de despertar su simpatía y desarrollar su cariño.

VALER. Pues eso es precisamente lo que me da qué temer. Yo, aunque me esté mal el alabarme, tengo buen instinto, sentimientos nobles y elevados, pero comprendo que á mi educacion le falta ese barniz de exterioridad de que tanto se paga el mundo. Y váya usted á hacerle creer á una niña de diez y ocho años que puede ser feliz con un hombre que no sabe los rudimentos de la etiqueta y de la moda por más que le ofrezca la garantía de un cariño desinteresado, una moralidad intachable, y una rectitud á prueba de asechanzas.

EMILIA. Tiene usted razon, señor Valeriano; en este mundo no se juzga más que por lo que se ve!

CESAREO. Sin embargo, ciertas exigencias de la educacion son muy naturales.

VALER. No lo dudo; pero usted convendrá conmigo en que de todo se abasa. Á mí, por ejemplo, me ven ustedes toda la semana detrás del mostrador con la ropa remendada

que parezca el último mancebo de mi tienda; y el día que me ponga de tiros largos, la levita me sienta como á un Santo Cristo un par de pistolas.

EMILIA y CESAREO. ¡Já, já! ¡qué ocurrencia!

VALER. Si señores, lo sé; como sé que á fuerza de costumbre llegaría á vestirla tan bien como usted; pero no lo hago, no porque mi posición no sea para ello, sino porque estoy convencido de que lo que solo debía indicar la categoría de la persona se convierte en un crea necesidades y un tapa conciencias, que insensiblemente conducen al hombre al precipicio. ¡Hay tantos que lucen sillas tapizadas, alfombras y colgaduras y puede que no tengan tres pesetas en el bolsillo. (Emilia y Cesáreo se estremecen.)

CESAREO. Sí, yo lo creo.

EMILIA. Nosotros... conocemos algunos.

VALER. Pues es lo que yo trato de evitar. Que el hombre malo por instinto sea malo no me asombra; pero que personas honradas, solo por llenar las exigencias de la levita vayan sin querer caminando al vicio y cometan iniquidades mayores que las de los malvados por inclinación, eso es horrible.

CESAREO. ¿Y bien puede ser que un hombre bueno llegue á degradarse hasta ese punto?

VALER. ¡Digo, digo, si es posible! En las tiendas es donde se aprenden historias. Nosotros lo conocemos á la legua. Cuando uno se ha visto bien y llega á quedarse sin un cuarto, á veces confiesa su pobreza; pero si no tiene esta virtud, esté usted seguro de que inaugura su carrera de perdición, que tiene tres periodos, y se manifiestan de este modo. Primero...

ESCENA V.

DICHOS, é ISABEL.

ISABEL. (Muy contenta.) ¡Mamá, mamá!... ¡Ah! buenos días, señor Valeriano.

- VALER. (Levantándose.) Muy buenos días, señorita. ¿Va bien?
- ISABEL. Bien, gracias.
- VALER. Los papás veo que estan tan famosos.
- EMILIA. Siéntese usted. (Se sienta Valeriano.) ¿Qué querias? (Á Isabel.)
- ISABEL. (Á media voz á su madre.) Decirte que ya sé la primera parte del bolero.
- EMILIA. ¡Amigo! ¿Oyes, Cesáreo? Ya toca la primera parte.
- CESAREO. ¿Cuántas tiene?
- ISABEL. Tres.
- CESAREO. Pues á ese paso, dentro de un par de horas podemos oirlo completo.
- ISABEL. No, que las otras dos son muy difíciles.
- VALER. ¿Alguna pieza nueva que estudia usted?
- EMILIA. Sí, el bolero de la *Tertulia*, que quiere aprender para mañana, que son los días de su padre.
- VALER. ¡Ah! ¡sí! San Cesáreo; que los tenga usted muy felices, en compañía de todas aquellas personas de su estimacion.
- CESAREO. Gracias.
- ISABEL. Me voy, porque sin querer he venido á interrumpir.
- EMILIA. No, quédate; estábamos tratando precisamente...
- VALER. De tres partes de bolero que se bailan en el teatro del mundo. ¿Verdad?
- CESAREO. Ciertamente.
- VALER. Pues como iba diciendo, llega un dia en que la criada pide, por ejemplo, dinero para aceite; no le hay ni espera tenerlo; y le contesta el amo: «mira, pásate á la tienda y dí que te lo den, que *ya se pagará*» Primera parte: la mentira. Despues viene lo de empeñar alhajas ó ropas si las hay. Usted creará que para comer ó para pagar el aceite que debe; pues no señor, para comprarse guantes y una butaca con que ir al teatro, y evitar que los que le vean sospechen que aquel dia no ha comido. Hipocresía y vanidad. Segunda parte del bolero. Hasta que por último, cuando ya no hay que empeñar ni que vender, y ha tomado cuerpo la idea de

que la pobreza mancha, llega la tercera parte, que consiste en estafar; vivir á costa del país; secar la fuente de todo sentimiento noble; prescindir de su conciencia, y comerciar hasta con sus hijos. Pero estos crímenes se cometen con levita, y hay que callarse, porque ya está resuelto el problema de que todo el que la viste entra en la categoría de las personas decentes.

CESAREO. Está usted durillo, señor Valeriano.

VALER. Un poco; pero como yo no he de arreglar el mundo, me desahogo diciendo cuatro verdades.

MANUEL. (Dentro.) Yo los encontraré.

EMILIA. ¿Qué es eso?

CESAREO. ¿Quién grita?

ESCENA VI.

DICHOS y D. MANUEL, con un sobretado abrochado y sombrero de copa.

MANUEL. (En la puerta del foro.) Aquí vengo á ver si se acuerdan todavía de mí.

EMILIA. ¡Chico! ¡Si es don Manuel! (Manuel baja, y todos se levantan, yendo á recibirle.)

CESAREO. ¡Jesus! ¡Jesus! ¡al cabo de los años mil! ¿Qué tal va (Mucho apretón de manos.)

MANUEL. Tal cual. Por usted es por quien no pasan días.

CESAREO. Pues, amigo, once años dejan huella.

MANUEL. Á Emilia es á quien encuentro lo mismo que en Santander.

EMILIA. No dirá usted otro tanto de esta. (Por Isabel.)

MANUEL. ¡Calle! ¿Esta es Isabel? ¿Cómo habia de conocerla, si entónces era un taponcillo? ¿Qué edad tendria?

EMILIA. Cinco años ó seis.

MANUEL. Calcule usted. Recuerdo cuando la dabamos vino con agua, que lo conocia á la legua, y nos decia: «Bautizado no, le quiero moro.» Nos hacen viejos estas criaturas. ¡Pero qué guapa! Es un capullito que honra á sus padres.

ISABEL. Es usted muy galante.

MANUEL. Este caballero, ¿es tambien de la familia? (Por Valeriano.)

- CESAREO. No, señor; un amigo.
- VALER. Para lo que usted guste mandar.
- CESAREO. Pero siéntese usted, don Manuel, y hablemos largo y tendido. (Se sientan junto al velador.)
- EMILIA. Ya supinos en Santander la muerte de la pobre doña Antonia.
- MANUEL. Sí, hija; á poco de salir de allí.
- CESAREO. ¡Pobre señora! ¡tan buena!
- EMILIA. Nosotros lo sentimos mucho.
- MANUEL. ¡Cómo ha de ser!
- CESAREO. ¿Y desde cuándo está usted en Madrid?
- MANUEL. Desde hace poco.
- EMILIA. ¿Quiere usted tomar algo?
- MANUEL. No, gracias.
- CESAREO. Sí, con franqueza.
- MANUEL. No... ustedes habrán almorzado ya.
- CESAREO. Eso qué importa: el café está enfrente. Mira, Isabel, dile á Rosa que mande traer... ¿Le gusta á usted el jamon en dulce?
- MANUEL. Cualquiera cosa.
- CESAREO. Lo digo porque eso no lo tienen que hacer, y vendrá pronto.
- MANUEL. Bien.
- CESAREO. Pues una racion de jamon, vino y queso; pero volando.
- ISABEL. Voy. Con permiso. (Váse.)

ESCENA VII.

DICHOS, ménos ISABEL.

- CESAREO. ¡Vaya con don Manuel! ¿Y por quién ha sabido usted que estábamos en Madrid?
- MANUEL. Por aquel Rodriguez, oficial de Fomento, ¡á quien me he encontrado en la estacion facturando unos bultos.
- EMILIA. ¿Ha visto usted qué desgracia la de ese pobre chico?
- MANUEL. Por ser consecuente. Si no debían hacer política más que los que, como nosotros, tuviesen una posicion independiente para los casos adversos.
- CESAREO. Sí, es verdad.

VALER. Esa, esa es mi tema.

CESAREO. ¿Pero han venido ustedes retrasados?

MANUEL. No, sino que he tenido una cuestión con un dependiente, porque me ha pasado la cosa más original del mundo. Figúrese usted que ayer en Alicante, después de facturar un criado mis baules, llegó al tren momentós antes de ponerse en marcha, con una maletita de mano donde iba alguna ropa de uso y un poco de dinero en oro y plata. Voy á poner el pié en el estribo, y me oigo á un dependiente que me grita: «Caballero, ese bulto es muy grande y no puede usted llevarle en el wagon.» Á todo esto, estaban cerrando ya las portezuelas, y no tuve más remedio que desistir de mis súplicas y acceder á que por un favor especial la metieran en el furgon de equipajes y la facturasen en la estacion inmediata, donde en efecto se me entregó el resguardo; pero luego aquí, presento mi talon, y después de buscar por todas partes inútilmente, salimos con la gracia de que mi equipaje no ha llegado á Madrid.

CESAREO. Bien.

VALER. Pues, hombre, es raro; á mí nunca me ha faltado ningún bulto.

MANUEL. Y aquí me tienen ustedes en la córte, sin poderme vestir y con seis ó siete pesetas en el bolsillo.

CESAREO. ¿Quiere usted dinero?

ELILIA. (Ap.) ¡Ay Dios!

MANUEL. No, tantas gracias.

CESAREO. Es que con franqueza...

MANUEL. Ya ve usted si lo haria yo en caso de necesidad. Pues sí, se han oido buenas cosas.

EMILIA. Ah! lo merecen; es una picardía.

ESCENA VIII.

DICHOS y UN MOZO de café con el servicio correspondiente.

MOZO. ¿Adónde va esto?

EMILIA. Póngalo usted aquí en este velador. (El Mozo extiende una

servilleta y coloca el servicio sobre el velador, de donde Emilia habrá quitado el tintero.)

CESAREO. ¿Y qué excusa le han dado á usted?

MANUEL. Que se habrá quedado en alguna estacion de la línea y que lo reclamarán.

VALER. Si no lo han trasbordado en Alcázar y lo tiene usted á estas horas en Andalucía.

MOZO. Se ocurre algo más?

CESAREO. No.

MOZO. Pues luego volveré por el servicio. (Vase.)

CESAREO. Bueno, vete.

ESCENA IX.

DICHOS, ménos el MOZO.

MANUEL. (Preparándose á comer.) Pues señor, ánimo, á ello. ¿Ustedes gustan?

EMILIA y CESAREO. Gracias.

VALER. Que aproveche. Á mí no me gusta el jamon porque siempre se me aceda. (b. Manuel mira con extrañeza á Valeriano.)

MANUEL. (Ap. á Cesáreo, que estará sentado al lado suyo.) Quién es este prójimo?

CESAREO. Un tendero muy rico. Valeriano Solsona.

MANUEL. (Ab!) (Le mira de hito en hito.)

EMILIA. ¿Y qué viento le trae á usted por aquí?

MANUEL. Estoy de paso; pero regresaré pronto. Mañana salgo para Zaragoza, donde creia verlos á ustedes; y al mismo tiempo que desempeñaba unas comisiones particulares me proponia instruir á Cesáreo de un asunto que le concierne.

CESAREO. Pues aquí me tiene usted.

MANUEL. Es el caso que se trata de fundar una sociedad de préstamos reintegrables, y yo que sé los grandes conocimientos que usted tiene en administracion, francamente, he dicho: voy á ver si Cesáreo me dispensa el obsequio de encargarse de la secretaria.

EMILIA. (Ap. á Cesáreo con un placer indescriptible.) ¡Cesáreo de mi alma!

CESAREO. ¡Hombre!

MANUEL. Yo bien sé que este cargo no está en armonía con la posición de usted; pero se trata de un favor. Por lo pronto no podremos darle á usted más sueldo que treinta ó cuarenta mil reales al año; más adelante, según vaya el negocio...

CESAREO. Siendo cosa de usted no puedo negarme á ello.

EMILIA. Y que este no sabe vivir sin ocuparse en algo.

MANUEL. Además tiene usted la ventaja de que administra por sí mismo su capital; porque con el objeto de ofrecer más garantías, hemos dispuesto que las dependencias se adjudiquen á los mismos accionistas en justa proporción del número de acciones por que se suscriban. De modo que usted con cinco mil duros sale del paso.

EMILIA. (Adiós mis ilusiones.)

CESAREO. ¡Ah! ya! sí!... Pues mire usted, está muy bien entendido eso.

MANUEL. ¡Vaya!

CESAREO. ¿Y cuándo se constituye la sociedad?

MANUEL. Dentro de un par de meses á lo sumo. Pero la suscripción debe hacerse sin pérdida de momento, porque nos llueven los compromisos.

CESAREO. Caramba! eso es lo malo, porque yo tengo impuesto mi dinero á plazo fijo, y no puedo retirarlo hasta... Octubre.

MANUEL. ¿Pero dejará usted de tener crédito?

CESAREO. Ah! eso sí.

MANUEL. Yo mismo no titubearía en procurarle á usted esa cantidad, si no fuera porque acabo de suscribirme por cuarenta mil duros que me corresponden como gerente; pero no le será á usted difícil conseguirla, porque el suscriptor no viene obligado á ejercer la plaza, sino que puede reservarse las acciones, y transferir el derecho á la dependencia.

CESAREO. ¡Qué! ¡Si eso es magnífico!

MANUEL. Usted mismo, don Valeriano, podía quedarse con esas cincuenta acciones.

- CESAREO. Hombre, es verdad.
- EMILIA. Ya ve usted, el negocio dicen que es seguro.
- VALER. Para los de dentro siempre. Yo, ántes que gastar el dinero en sociedades, lo emplearía en cohetes; al menos me luciria.
- MANUEL. Bien; eso es una apreciacion de usted. Pero puede anticiparle á Cesáreo esa cantidad hasta que él retire sus fondos.
- VALER. Eso ya es otra cosa, y lo haria con mucho gusto; pero ya sabe el señor que ahora me es de todo punto imposible.
- MANUEL. En fin, lo siento por usted!
- CESAREO. No, no; es que de aquí á mañana ya veré yo de arreglarlo. ¿Y la sociedad, radica en Alicante!
- MANUEL. Nunca. He salido de ese pueblo para no volver jamás.
- CESAREO. ¿Pues cómo?
- MANUEL. Han procedido allí conmigo del modo más arbitrario.
- CESAREO. ¿Sí?
- MANUEL. Figúrese usted que hace seis ó siete dias averiguaron que bajo una razon social supuesta, varios caballeros de industria se entretenian en estafar á muchas casas de comercio respetabilísimas de la Península. Yo tuve la desgracia de adquirir unos valores de su procedencia, y sin más ni más me encerraron cuatro dias en la cárcel, hasta que probada mi inculpabilidad me dejaron libre, pero sin darme satisfaccion de lo ocurrido, ni rehabilitarme á los ojos de una poblacion que me tenia en el concepto que creo merecer, y del que empecé á declinar desde aquel instante.
- EMILIA. ¿Qué picardía!
- VALER. ¿Y qué nombre tenia esa casa?
- MANUEL. Barboso y Quirós.
- VALER. (Levantándose.) ¿Barboso y Quirós? Pues hombre, entonces soy una de sus víctimas.
- TODOS. ¿Sí?
- VALER. La semana pasada les consigné géneros por valor de quince mil reales.

MANUEL. Pues cuéntelos usted con los difuntos.

VALER. Pero á usted le consta? Mire usted que me dieron unos informes muy brillantes de la casa.

MANUEL. Como que estaban complicados en la trama hasta dependientes de correos. Si segun dicen es un plan vastísimo!

VALER. ¿Y yo qué hago?

MANUEL. ¿Tiene usted algun documento?

VALER. Sí señor, la carta de pedido.

MANUEL. Pues tráigala usted y yo haré que se agregue al expediente que se instruye en Alicante.

VALER. Pues no que no, bribonazos!

EMILIA. Hay gente para todo,

VALER. Primero voy á ver si logro que detengan la remesa, porque iba por mercancías, y es posible que no haya llegado aun el género. Señores, con permiso de ustedes. ¡Ladrones, más que ladrones! (Váase.)

CESAREO. Á ver, señor Valeriano, á ver...

ESCENA X.

EMILIA, CESAREO, D. MANUEL y el MOZO DE CAFÉ.

CESAREO. ¡Pobre hombre!

EMILIA. Es una bribonada.

MOZO. ¿Puedo retirar el servicio? (Lo recoge)

CESAREO. Sí. ¿Cuánto es? (Á Manuel, que intenta pagar.) ¡Por Dios!

MOZO. Diez reales.

CESAREO. Toma. (Dándole las tres pesetas.)

MANUEL. ¿Sabe usted que el trato de don Valeriano nó me parece de lo más esquisito?

CESAREO. Es un pobre hombre, que porque tiene treinta mil duros viste á lo señor los domingos, sin calcular que la levita no es más que un signo de educacion, y que por lo tanto se le despega.

MANUEL. En cambio hay muchos que olvidando este precepto la convierten en signo de posicion, y extienden su brazo más de lo que bienamente alcanza.

MOZO. (Dando á Cesáreo una moneda.) Dos reales que sobran, señorito.

CESAREO. (Á Manuel.) Es verdad. Para tí; guárdatelos. (Al Mozo.)

MOZO. Gracias. (Vase.)

EMILIA. (Ap. señalando á su marido.) (Ecce-homo.)

ESCENA XI.

EMILIA, CESÁREO, D. MANUEL y ROSA.

ROSA. Señor, esta carta han traído para usted. (Le da una.)

CESAREO. Venga. (Á Manuel.) Con permiso. (Se pone á leerlo.)

ESCENA XII.

DICHOS, ménos ROSA.

EMILIA. ¿Conque mañana nos deja usted?

MANUEL. Es preciso, Emilia.

CESAREO. (Demudado.) ¡Jesus!

MANUEL. Pero pronto volveré, y podremos recordar nuestros banquetes de antaño.

EMILIA. ¡De quién es esa carta? (Á Cesáreo.)

CESAREO. (Guardándosela.) De un amigo que me da los días anticipadamente.

MANUEL. Pues cuándo son?

EMILIA. Mañana.

MANUEL. ¡Hombre! ¡qué lástima! Si no tuviera que marcharme los celebraríamos comiendo juntos en la fonda. Me gustaban á mí aquellas reuniones en Santander y deseo repetir las.

CESAREO. Pues no hay más que convertir la comida en almuerzo, y en vez de ir nosotros á la fonda venirse usted á nuestra casa.

MANUEL. No es lo mismo; porque yo quería ser el anfitrión.

CESAREO. Mañana es de rigor que haga yo esas veces.

MANUEL. Como usted quiera. Pero no olvide usted que el Borgaña sigue siendo mi vino predilecto.

EMILIA. (Ap.) ¡Borgaña!

MANUEL. ¡Ah! ¿Le sería á usted molesto acompañarme á dos ó

tres partes á que tengo que ir?

CESAREO. Cuando usted guste.

MANUEL. Pues si permite usted que me pase un cepillo, podemos emprender la marcha al momento.

CESAREO. Pase usted aquí, á mi gabinete. (Manuel váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XIII.

EMILIA y CESAREO.

EMILIA. Ya lo has oído, mañana viene á almorzar.

CESAREO. Sí. (Ensimismado.)

EMILIA. Hay que comprar una media vajilla, y esta misma noche he de hacer algunos preparativos, porque tenemos que tratarle como quien es. Por consiguiente tráeme luego la paga esa anticipada, y venga otro mes de apuros.

CESAREO. (Saltándosele las lágrimas.) ¡Emilia mía! ¡Si acaban de dejarme cesante!

EMILIA. ¿Qué? (Asombrada.)

CESAREO. Mira. (Le da la carta.)

EMILIA. ¡Jesus mil veces! (Se echa á llorar.)

ESCENA XIV.

DICHOS y ROSA.

ROSA. Señora.

EMILIA. ¿Qué? (Enjugándose los ojos.)

ROSA. ¿Me da usted dinero para aceite?

EMILIA. (Ap. á Cesáreo.) ¿Tienes ahí dos reales?

CESAREO. (No, los que me quedaban se los he dado al mozo.)

EMILIA. (¿Y qué hacemos?)

CESAREO. (No sé...)

ROSA. Señora, me da usted eso?

EMILIA. Mira, ahora estamos ocupados... Pásate á la tienda y dí... que te lo den... que... que ya se pagará. (Váse Rosa. Emilia apenas puede articular esta frase, que pronuncia mirando á su marido, como quien teme recordarle las palabras del señor Valeriano. Cesáreo, que á su vez pasa por la misma situación

contempla á su mujer con los ojos arrasados en lágrimas: en este estado les sorprende la primera parte del bolero que Isabel desde dentro ejecuta en el piano; y no pudiendo dominar su emoción, lanzan un grito y quedan como petrificados de espanto.)

CESAREO y EMILIA. Ah!

ESCENA XV.

DICHOS, D. MANUEL y á poco ISABEL.

MANUEL. ¿Vamos?

CESAREO. Sí, cuando usted guste. Adios, Emilia.

MANUEL. Si tardamos no esté usted impaciente.

CESAREO. Adios, Isabel.

ISABEL. (Dentro.) Voy, papá. (Saliendo.) ¿Has oido la primera parte del bolero?

CESAREO. Sí, sí. (Desaparece maquinalmente.)

MANUEL. Y muy bien tocada. (Pausa.) Ahora á la segunda. (Emilia sentada junto al velador.)

ISABEL. La segunda es más difícil.

MANUEL. Ya la repasaremos juntos.

ISABEL. ¡Qué! ¿Usted la sabe?

MANUEL. (Muy perceptiblemente.) Sí, hija, sí; yo toco todo ese bolero. (Isabel los despide en la puerta.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion, alumbrada por un quinqué colocado sobre la mesa velador.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA é ISABEL.

- ISABEL. Algo tienes, por más que te empeñes en negármelo.
- EMILIA. No, hija; ya te he dicho que es ese dolor que se me fija en las sienes de vez en cuando.
- ISABEL. No, mamá, por eso no se llora; y desde que se marcharon papá y don Manuel, no hacen tus ojos más que verter lágrimas.
- EMILIA. Es que todo influye: agrega á mi excitacion nerviosa el que se fueron á poco de almorzar, y á las siete y media que son no han venido todavía.
- ISABEL. Pretextos, y nada más que pretextos. Harto sabes que se habrán metido en cualquier fonda, cuando en vista de que no habian vuelto á la hora ordinaria, has dispuesto que comiésemos solas, ó más bien que nos sentáramos á la mesa, para dar delante de la criada un espectáculo de suspiros y aflicciones.
- EMILIA. Tú no puedes apreciar aún estas bagatelas; pero la mujer que quiere á su marido, como yo á tu padre,

sufre por cualquier incidente extraordinario y le comenta de mil absurdas maneras.

ISABEL. Pues, mamá, permíteme que te diga que en este caso llevas tu interés á la exageracion. Si fuera una hora descompasada... Pero ahora que pienso... ¿nacerá tu temor de que vaya acompañado de don Manuel? Por ventura los antecedentes de ese caballero...

EMILIA. No, hija, no: don Manuel es una persona dignísima, y lejos de esquivar su trato, debemos honrarnos con él, mayormente cuando está en vias de dispensarnos un inmenso beneficio.

ISABEL. Cuál?

EMILIA. Un destino de muchísima importancia, cuyo sueldo no bajará de treinta ó cuarenta mil reales.

ISABEL. ¡Ay, qué gusto! Si Dios es bueno!

EMILIA. Aún no es cosa decidida; porque para ello se exige una condicion de que nosotros no participamos. (Se enjuga los ojos.)

ISABEL. Ya vuelves á afligirte! Pero mamá!...

EMILIA. Si no es nada, hija; de veras no es nada: tonterías, pienso si les habrá ocurrido algo, si los habrá atropellado algun carruaje.

ISABEL. Pero... ni que fuesen unos niños! Jesus, qué puerilidades se te ocurren! Vamos, alégrate, que ya los tienes ahí. (Emilia se enjuga el llanto, haciendo la mayor violencia para atribuir á sus lágrimas una causa fútil.)

ESCENA II.

DICHAS, CESÁREO y D. MANUEL.

CESAREO. ¿Qué es eso?

ISABEL. Mamá, que inquieta por tu tardanza, estaba forjándose mil quimeras.

MANUEL. Pero hija... ¿No la dije á usted que no estuviera impaciente?

EMILIA. Sí, pero no puede evitarse...

CESAREO. Supongo que habreis comido ya?

- EMILIA. Hace poco.
- ISABEL. Por lo ménos hemos hecho la ceremonia.
- MANUEL. Sí, porque nosotros, muy agenos de la inquietud en que usted estaba, nos hemos metido en una fonda.
- ISABEL. Lo ves, tontita?
- MANUEL. Por cierto que nos ha pasado una cosa que ha tenido gracia. Verdad, Cesáreo?
- CESAREO. Hombre, sí que ha sido un lance original.
- ISABEL. ¿Cuál?
- EMILIA. ¿Se han encontrado ustedes sin dinero? (Adivinándolo á pesar suyo.)
- MANUEL. Precisamente.
- ISABEL. Qué vergüenza!
- CESAREO. Figúrate dos hombres con siete pesetas, que por todo capital llevaba don Manuel, y precisados á pagar una cuenta de ciento cincuenta y cinco reales.
- MANUEL. Sí, porque lo gracioso es que yo no acordándome del dinero que tenia y siguiendo mi tradicional costumbre de tratarme bien, empecé á pedir Borgoña, Campagne, y en una palabra, cuanto constituye una comida confortable.
- EMILIA. ¿Y cómo han salido ustedes del apuro! (Esforzándose por reír.)
- MANUEL. Al pronto estuve por quedar en rehenes, mientras Cesáreo venia por dinero; pero como el tiempo le necesitábamos para seguir nuestras diligencias...
- CESAREO. Sí; hablé con el dueño y le dije, la verdad, que inadvertidamente habia salido sin un cuarto y que me encontraba en aquel trance á pesar mio; pero el hombre fué considerado, y aunque se resistió un poco, me dejó marchar al fin.
- EMILIA. Pero... ¡qué bochorno!
- CESAREO. Yo estaba como una amapola.
- EMILIA. ¿Qué labrá dicho aquella gente?
- MANUEL. Nada. ¿Pues usted cree que no conocen ellos á las personas solventes?
- ISABEL. Eso sí.

- MANUEL. De sobra saben que esta misma noche quedarán pagados.
- CESAREO. Por supuesto. Toma la cuenta y que lleven en seguida su importe. (Dándosela á Emilia.)
- MANUEL. Hombre, no le debia dejar pagar á usted; pero seria un alarde ridículo no teniendo con qué hacerlo.
- EMILIA. ¡No faltaba otra cosa!
- CESAREO. Por Dios, don Manuel, no estoy tan pobre que no tenga con qué convidar á la fonda á un amigo.
- EMILIA. No nos avergüence usted.
- MANUEL. Nada, señores, no insisto; pero por si se prolonga la llegada de mi equipaje, en cuanto salga de aquí voy á decirle á un primo mio que me dé dinero porque tambien tengo que entregar una cantidad á un muchacho que sale mañana para Valencia con el fin de recoger suscripciones, y... Á propósito: ¿les gusta á ustedes el *Fausto*?
- ISABEL. La ópera? Es magnífica.
- EMILIA. Selva hace un Mefistófeles inimitable.
- CESAREO. Qué tercer acto aquel!
- MANUEL. Pues traeré cuatro butaquitas, y nos vamos esta noche al Real.
- CESAREO. Por mí no hay inconveniente.
- ISABEL. ¡Ay, qué gusto! (Tarareando la serenata.)
«Caterina é ser crudelle.»
- MANUEL. Yo creo que así como estoy podré ir. (Por el traje.)
- CESAREO. Perfectamente; lo mismo iré yo.
- EMILIA. Nosotras nos pondremos unos vestidos negros de seda.
- CESAREO. Sí; qué necesidad hay de vestirse?
- MANUEL. Pues nada; pueden ustedes irse arreglando, y en el ínterin yo me iré á ver á ese pariente.
- EMILIA. Anda, empieza tú, Isabel, que siempre tardas más que yo.
- ISABEL. Voy.
- EMILIA. Y cuando acabes, sácate mi velo, mi vestido y la chalina de papá.

ISABEL. Pronto estará lista. Hasta luego. (Váse.)

ESCENA III.

DICHOS, ménos ISABEL.

MANUEL. Creo que este año no va muy bien el Real.

CESAREO. Flojillas entradas tienen.

MANUEL. Las pérdidas son considerables, segun decia aquel caballero en el Casino.

EMILIA. (Sobresaltada.) Ah! ¿han estado ustedes en el Casino?

CESAREO. Sí; un rato.

EMILIA. Vamos, entónces ya me explico la tardanza.

MANUEL. ¡Qué maliciosa es usted!

EMILIA. ¿Qué apostamos á que ha habido su poco de juego?

MANUEL. Esta Emilia es zahorí.

CESAREO. Algo tiene de adivina.

MANUEL. Pues efectivamente, nos hemos permitido esa pequeña libertad mientras se disipaban los vapores de la comida.

EMILIA. Pero cómo... si no llevaban ustedes dinero?

MANUEL. Sí, porque á su marido de usted no le conoce todo el mundo.

CESAREO. Habia allí un sujeto que me da hasta la fábrica de moneda si se la pido.

EMILIA. Por supuesto que habrán perdido ustedes?

MANUEL. Señora... yo les he ganado cinco duros. (Con cómica importancia enseñando la moneda.) Si casi estoy por dejar de constituir la sociedad de préstamos reintegrables.

CESAREO. Es claro, habiendo descubierto esa mina. (Siguiendo la broma.)

MANUEL. Já, já, já!... (Riendo.)

EMILIA. Y tú, Cesáreo?

MANUEL. Á Cesáreo no le ha ido tan bien.

EMILIA. Has perdido?

CESAREO. Sí, una bagatela.

EMILIA. Cuánto? (Con el mayor interés.)

MANUEL. Sobre mil reales.

- EMILIA. Jesús! (Horrorizada.)
- MANUEL. Pues, hija, apenas le da usted importancia...
- CESAREO. Cualquiera que te oyese, no conociendo mi posición, creería que esos mil reales iban á hacerte falta para comer.
- EMILIA. No; es... es la idea del juego, que me hace un daño horroroso.
- CESAREO. Aún tendré que pedirla perdón de rodillas!
- MANUEL. (Ap. á Cesáreo.) (Pronto están ajustadas las paces; se gasta usted otros cincuenta duros en un corte de vestido y se queda tan contenta.)
- CESAREO. (Ap. á D. Manuel.) (Eso haré.)
- MANUEL. (Ap. á Cesáreo.) (Las mujeres no sienten las pérdidas del juego por el dinero, sino por el valor del adorno ó de la joya que hubieran podido comprar con él.)
- CESAREO. (Es verdad.)
- MANUEL. Yo me estoy con esta calma y la función empieza á las ocho y media. Ea! hasta ahora mismo. Ustedes ya estarán listas, eh?
- EMILIA. Sí.
- MANUEL. Pues vuelvo al instante. Adiós. (Váse.)
- CESAREO. Adiós. Rosa, alumbrá. (Acompañándole.)

ESCENA IV.

EMILIA y CESAREO.

- EMILIA. Cesáreo! (Llorando.)
- CESAREO. Hija, haz el favor de no angustiarme más, cuando estoy que ahogármese puede con un cabello.
- EMILIA. Pero cómo ha sido el abandonarte de ese modo? Por qué has jugado?
- CESAREO. Ya me resistí como puedes suponer que lo haría; pero la maldita casualidad hizo que me encontrase allí á un compañero de oficina, que puso á mi disposición su bolsillo, y hostigado por don Manuel, que me decía... «á ver si sacamos lo de la fonda,» recordando que le tengo ofrecido un almuerzo, y que en mi casa no hay ni

dos reales para aceite, acepté; la suerte me fué adversa; la idea del desquite me sedujo... y á no tomar la resolución de marcharme, no sé de pérdida en pérdida á dónde me hubiera conducido el vértigo.

EMILIA. Dios mio! Dios mio! yo no puedo vivir así. ¿Por qué no hemos de decir francamente cuál es nuestra posición?

CESAREO. Para renunciar á toda esperanza? para que el mundo te desprecie, ó dar derecho á que los más caritativos te pongan una peseta de limosna en la mano? Tú te figuras que si don Manuel no me creyera rico, se hubiera acordado ni remotamente de mí para ese empleo? Pues lo mismo son todos. Con un hombre de sus circunstancias que me juzga su igual, no hay más remedio que proceder así, mayormente cuando espero algo de él.

EMILIA. ¿Pero mañana?...

CESAREO. Mañana almorzaré con nosotros y tendrá Borgoña y Champagne.

EMILIA. Si se compran con lágrimas, no lo dudo.

CESAREO. Por Dios, Emilia; esta no es ocasión de compungirse ni de filosofar. Lo hemos de hacer; pues lo que importa es averiguar el cómo.

EMILIA. Tú dirás.

CESAREO. Yo mientras me quede una hilacha, no me atrevo á pedir dinero á nadie. (Con temor.) Qué tenemos para poder empeñar?

EMILIA. Ropa exterior y cuatro cubiertos de plata.

CESAREO. Los cubiertos se necesitan indispensablemente para el almuerzo. ¿Y de ropa blanca, cómo estamos?

EMILIA. Tenemos la puramente precisa.

CESAREO. Pues no hay más remedio que empeñar mi levita y tu vestido nuevo de gró... (Emilia se echa á llorar.) Mujer! por la Virgen Santísima, no me apures más de lo que estoy.

EMILIA. ¿Pero no reflexionas que por ese empeño nos darán una futesa?

CESAREO. Es verdad. Pues nada, el todo por el todo. Te llevas eso á una prendería y lo vendes lo mejor posible.

- EMILIA. Dios de mi alma!
- CESAREO. Ah! tú dices que necesitas el dinero esta misma noche?
- EMILIA. Sí.
- CESAREO. Entónces habrás de renunciar al teatro, porque... no teniendo más vestido que ese...
- EMILIA. Daré cualquier pretexto, y me vendrá muy bien el no ir, porque ya debes suponer que hoy la ópera en lugar de divertirme me serviría de martirio. Á todo esto saldremos del compromiso de mañana... Pero... ¿y luego?...
- CESAREO. Toma! luego... luego tendré ya ese destino.
- EMILIA. Si hasta dentro de dos meses no puede constituirse la sociedad.
- CESAREO. Cierto: pero mujer, desgracia será que no encuentre yo una colocacion hasta entónces.
- EMILIA. ¿Y sabes si entónces serás tú el agraciado? Cuentas ya con esos cinco mil duros?
- CESAREO. No, pero confio tenerlos. El señor Valeriano...
- EMILIA. El señor Valeriano ya te ha dicho terminantemente que no.
- CESAREO. Bien; pero tales circunstancias pueden mediar que el hombre se resuelva á hacerlo. Figúrate que Isabel correspondiera á su cariño.
- EMILIA. No lo esperes.
- CESAREO. Qué sabemos? Emilia... Bien mirado yo no encuentro tan absurda su pretension.
- EMILIA. No, absurda no es. Él tiene buen fondo.
- CESAREO. Es honrado.
- EMILIA. Parece que la quiere.
- CESAREO. Y luego que no hay tanta diferencia de posicion. Ella, por más vueltas que le demos, no es más que la hija de un empleado.
- EMILIA. Él al fin es un comerciante.
- CESAREO. Y no le falta talento.
- EMILIA. Isabel debe mirar por su porvenir.
- CESAREO. Y nosotros naturalmente como padres tenemos el deber de aconsejarla lo que en nuestro concepto pueda

convenirla.

EMILIA. Sí, porque aquí no es una mira egoísta la que nos impulsa, sino su bienestar.

CESAREO. Naturalmente. Nosotros solos soportaríamos con resignación nuestra miseria; pero hacer participe de ella á nuestra hija, sin proponerle ántes los medios de evitarla...

EMILIA. No, no; pobrecita!

CESAREO. Isabel se ha resistido porque sin duda no se ha parado á reflexionar; pero en cuanto conozca su verdadera posición, comprenderá que la conviene, y así debemos hacérselo ver.

EMILIA. Por supuesto, dejándolo á su albedrío, y sin la menor violencia de nuestra parte.

CESAREO. Pues no faltaba otra cosa! Para que luego creyesen que tratábamos de hacer una especulación. No, no; si ella se decide, que sea muy feliz con su marido, que nosotros con nuestra secretaría ya procuraremos serlo.

EMILIA. Ahí tienes una manera de que se arreglase todo perfectamente; porque tú calcula de qué carecería nuestra hija teniendo treinta mil duros de capital.

CESAREO. No solo eso, sino que imponiendo Valeriano esos cinco mil duros, y recayendo por consiguiente sobre mí la administración de la sociedad, le tendría al corriente de todas las fluctuaciones y asuntos privados, y sabe Dios el interés que podría sacarle á ese dinero.

EMILIA. Figúrate tú!

ESCENA V.

DICHOS é ISABEL, con un vestido negro de seda, un velo y una chalina cuadrada de lana, que deja sobre la silla en que está la levita de su padre.

ISABEL. Ya estoy lista. Aquí tienes lo que me pediste.

EMILIA. Bueno: déjalo sobre una silla y acércate, que tenemos que hablar de cosas muy importantes.

ISABEL. De veras?

CESAREO. Y tan de veras.

EMILIA. ¿No te decía yo que las madres somos muy linceas, y que no se nos escapa nada de cuanto pueda tener relación con nuestros hijos?

ISABEL. No entiendo...

CESAREO. Amigo, amigo! Conque el señor Valeriano...

ISABEL. Ya empezais con vuestras bromas?

EMILIA. Buenas bromas! y ha venido á pedirnos tu mano solemnemente.

ISABEL. (Riéndose.) Sí? Pobre hombre!

CESAREO. Eso de pobre, poco á poco, que tiene treinta mil duros de capital.

EMILIA. Y á mí se me figura que ha de ser feliz la que se case con él. (Á Cesáreo.)

CESAREO. (Á Emilia.) Es que vale mucho. No creas que el señor Valeriano es un hombre vulgar.

EMILIA. Discurre con mucho acierto.

ISABEL. ¿Y qué ha dicho cuando le habeis desengañado?

CESAREO. (Cortado.) Cuando le...

EMILIA. Te diré... Nosotros hemos diferido la contestacion hasta consultar contigo.

ISABEL. Encuentro inútil ese paso, cuando de sobra conocéis mis inclinaciones.

EMILIA. No, no; este es un asunto muy grave, en el que se trata de la felicidad de toda tu vida.

CESAREO. Ya ves, se te brinda con una fortuna; y mediando intereses no podemos dejar de someterlo á tu decision.

ISABEL. No me seduce el dinero.

EMILIA. Sin embargo, tú estás ya en el caso de asegurar tu porvenir. ¿Quién puede preveer el mañana? Si nosotros faltamos...

ISABEL. Mamá, por Dios!

CESAREO. No hemos de ser eternos.

ISABEL. Qué insistencia!

CESAREO. Esto es hijo del interés que naturalmente nos inspira el partido...

EMILIA. Es muy aceptable.

ISABEL. Pero el señor Valeriano...

- CESAREO. Es la honradez personificada.
- EMILIA. Y está enamorado de ti.
- ISABEL. Pero su posicion... (Apurada por la insistencia de sus padres.)
- CESAREO. Su posicion, su posicion! ¿Si creerás que difiere tanto de la tuya? Seria un ridiculo alarde de orgullo suponer que puedes aspirar á un título de Castilla.
- EMILIA. Él es un comerciante rico.
- CESAREO. Y tú la hija de un empleado.
- ISABEL. (Afligiéndose.) Si es que esta union os halaga...
- EMILIA. Á nosotros por tu bien.
- CESAREO. Justo.
- ISABEL. (Llorando.) Si exigis que se lleve á cabo...
- CESAREO. (Conmoviéndose.) Exigir...
- EMILIA. Nunca.
- ISABEL. Si os soy gravosa en casa... (Agobiada por el llanto.)
- EMILIA. Qué dices? hija de mi corazon! (Llorando y recibiendo en sus brazos á Isabel.)
- CESAREO. (Con emocion.) Puedes creer... (Pausa.)
- EMILIA. Nunca! nunca! Pero hay una historia de lágrimas que tú desconoces, y de la que no es posible que te hagamos partícipe pudiendo evitarlo.
- ISABEL. Qué? habla!
- EMILIA. Que tu padre está cesante.
- ISABEL. (Atardida.) Cómo!
- EMILIA. Y solos nos será más soportable la miseria. Pero verte á tí carecer de lo necesario...
- ISABEL. Sí; decidle en seguida que accedo á su pretension. (En un esfuerzo supremo.)
- EMILIA. (Afligida.) Isabel!
- CESAREO. (Id.) Reflexiona...
- ISABEL. Qué ménos puede hacer una hija por sus padres?
- EMILIA. Pero te impones un sacrificio que nosotros no podemos aceptar.
- ISABEL. No; cumplo con mi deber.
- CESAREO. El nuestro es evitar tú desgracia.
- ISABEL. No insistais.

- EMILIA. Siempre, hija mia: todo por tí; nada por nosotros.
- ISABEL. (En el colmo de la abnegacion.) Pues bien; no me lo agradezcai; es un fin egoista el que me propongo. Me asusta la pobreza, y quiero verme libre de privaciones. Por mí, por mí únicamente; creedme. (Llorando.)
- EMILIA y CESAREO. Isabel!
- ISABEL. Alguien viene. Sí es él, acelerad mi boda lo posible; y no olvideis que mi resolucion es irrevocable. (Váse enjugándose el llanto mientras sus padres la miran absortos. Pausa.)
- CESAREO. Ella lo exige!
- EMILIA. ¡Cesáreo! no ejecutemos sus órdenes hasta darnos cuenta de si obedecemos á un impulso paternal, ó satisfacemos tan solo un miserable egoismo.
- CESAREO. Nunca!
- EMILIA. Dios lo haga!

ESCENA VI.

DICHOS, el SEÑOR VALERIANO.

- VALER. Buenas noches tengan ustedes.
- CESAREO. Hola, señor Valeriano. . . ¿qué hay?
- VALER. Nada de particular.
- CESAREO. Se averiguó ya lo de Alicante?
- VALER. En eso estoy. Mire usted, ahora vengo de cobrar una letra de dos mil quinientos reales de un amigo que es otro de los víctimas de esos bribones. Conque ántes de ir á casa, he dicho: «Déjame subir, y si está don Manuel le entregaré la carta que me pidió.
- EMILIA. No hace mucho que se fué. Sin embargo, volverá en seguida.
- VALER. Hombre, usted me perdonará, pero si no fuese tan amigo suyo, creería que el tal don Manuel es algun pájaro de cuenta.
- CESAREO. ¿Por qué, señor Valeriano?
- VALER. Por todo eso que nos ha contado esta mañana. La casualidad de no llegar su equipaje; la casualidad de traer el dinero en la maleta; la casualidad de estar

- preso por tener valores sobre la casa en cuestion...
Vamos, son muchas casualidades.
- EMILIA. Qué malicioso es usted!
- CESAREO. ¿Pero usted no calcula que si no lo dijera inocentemente, se abstendría de dar unas noticias que tanto pueden perjudicarle?
- VALER. Toma! es que hay bribones muy refinados que engañan con la verdad para alejar toda sospecha.
- EMILIA. Don Manuel es todo un caballero.
- CESAREO. No lo dude usted; si se cuida tan poco de referir ciertos detalles, es porque abriga la seguridad de que los que conozcan su posición no han de comentarlos...
- VALER. No; yo no tengo motivos todavía, aún cuando he adquirido ciertas noticias que...
- CESAREO. Qué...
- VALER. (Ap.) No, nada, yo lo aclararé.
- CESAREO. Ya ve usted; viene á constituir una sociedad en que están interesados los primeros capitalistas de Madrid...
- VALER. Que les haga muy buen provecho.
- CESAREO. Es decir que usted se resiste?...
- VALER. Con todas mis fuerzas.
- CESAREO. Ni en obsequio mio...
- VALER. Por ahora, don Cesáreo, me es imposible desprenderme de esa cantidad. (Cesáreo mira á Emilia como quien le pide un consejo.)
- EMILIA. (Aún no, espera.) (Ap. á Cesáreo comprendiéndole.)
- VALER. Y crea usted que yo nunca me niego á hacer un favor sin graves motivos.
- CESAREO. (Qué hago?) (Ap. á Emilia.)
- EMILIA. Entónces voy á aprovechar (Evitando que hable su marido.) la ocasión para pedirle á usted uno.
- VALER. Si está en mi mano, concedido. (Cesáreo extraña las palabras de Emilia.)
- EMILIA. Se trata de un amigo nuestro que ha ocupado una brillante posición, y el pobre se encuentra en el día sin recursos de ningún género.
- VALER. Es claro; se habrá querido dar lustre gastando más de

- lo que tuviera... Y es solo ó con familia?
- EMILIA. Casado y con una niña de... la edad de nuestra Isabel.
- VALER. Bribon! ustedes perdonen, pero cuando se tienen hijos no disculpo ciertas faltas. Y qué pide?
- EMILIA. Ha solicitado inútilmente un destino político; y quisiera que usted que tiene relaciones en el comercio, viese si le podia conseguir una colocacion en alguna oficina particular. (Mirando á su marido.)
- VALER. Pues á buena parte acude! Si con las quiebras y las crisis todos los comerciantes han tenido que despedir dependientes.
- EMILIA. No sabe usted la obra de caridad que haria!
- VALER. Hija, yo qué quisiera...
- EMILIA. Ayúdame tú, Cesareo.
- CESAREO. Sí, efectivamente, el pobre está muy mal.
- EMILIA. Acaso mañana no tenga pan que llevar á su familia.
- VALER. (Enternecido.) Pero si es imposible!
- EMILIA. Y si es para evitar que ese hombre falte á sus deberes?
- VALER. Señores, yo no puedo oír lástimas. Lo que me piden no hay medio de lograrlo; pero si tan extrema es la necesidad, que se pase mañana por mi casa y le daré un bono para que le admitan de peon en mi obra.
- EMILIA. Qué?
- CESAREO. (Te convences?) (Ap. á Emilia.)
- EMILIA. Se lo agradezco á usted, señor Valeriano, pero el seje to en cuestion es una persona decente.
- VALER. Señora... ¿usted cree que los peones de albañil se sacan del presidio?
- CESAREO. No, pero la educacion enerva, y ciertos trabajos materiales...
- VALER. Hombre, no se trata de que cargue con una viga, se le tendrán consideraciones, empleándole en cosas que no exijan fuerzas; pero al ménos cuando llegue la noche habrá podido comer unas patatas, y se acostará con la conciencia tranquila.
- EMILIA. Con todo, la educacion...
- VALER. Cuando hay hijos no deben mirarse pequeñeces. La

educacion! ¿Pues por ventura va á perderla porque amase yeso? Yo tengo treinta mil duros y no gasto en mi persona arriba de tres pesetas diarias. Los que no piensan como yo se me rien; pero en cambio evito verme como ese prójimo, á quien todo el mundo vuelve la cara, porque pide, mientras que él en su orgullo escupe la del que le ofrece pan con que matar el hambre.

CESAREO. (Ap. á ella.) (No hay remedio.) Vamos, bien; yo le haré la proposicion; pero no se incomode usted con nosotros, que nada tenemos que ver con el orgullo de los demas.

VALER. Sin querer me acaloro y...

CESAREO. Y lanza usted una catilinaria á quien por el contrario solo debe usted satisfacciones.

VALER. Cómo?

EMILIA. (Ap. á su marido.) (Cesáreo!)

CESAREO. (Id.) (Elige.) (Emilia baja los ojos.)

VALER. Don Cesáreo, si no es lo que sospecho déjeme usted en la duda, porque en este instante soy el más feliz de los hombres.

CESAREO. Es usted perspicaz.

VALER. (Lleno de alegría.) Qué... Isabel?...

EMILIA. (Luchando aún.) Isabel...

CESAREO. (Interponiénd su frase.) Accede.

EMILIA. (Ap.) (Dios mío.)

VALER. (Ebrio de alegría.) ¿Que accede? ¿Es decir que podré llamarla mi esposa? Señores, si no fuera por vergüenza me echaba á llorar de alegría. ¿Pero voluntariamente, eh?

CESAREO. Por supuesto. Reconoce en usted excelentes cualidades de cariño y honradez.

VALER. Doña Emilia, don Cesáreo; yo soy un hombre que no sabe decir las cosas bonitas; pero á mi modo les juro á usted que he de hacer á su hija la mujer más feliz de la tierra.

EMILIA. Es todo nuestro afan.

VALER. Por supuesto no permito que se gasten ustedes un cuarto en dote ni en ajuar, nada; nada; quiero que mi mujer me lo deba todo: que bien poca recompensa es á la

- felicidad que me concede.
- EMILIA. (Ap. mirándole.) Qué hombre este!
- CESAREO. No insisto sobre ese particular, porque debiendo ser pronto la boda segun calculo...
- VALER. Al momento.
- CESAREO. Me seria imposible disponer de dinero, toda vez que mi imposicion no vence hasta Octubre.
- VALER. Cobrará usted los intereses por trimestres?
- CESAREO. Sí, señor; es una cosa eterna; á lo mejor me encuentro en unos compromisos... Ahora por ejemplo... he tenido algunos gastos (Emilia le oye con temor.) extraordinarios, y como hasta principios de Abril no hay liquidacion... temo que me falten fondos.
- VALER. Hombre, si no es mucho lo que necesita usted... porque como la obra traga tanto...
- CESAREO. No, poco.
- VALER. Aquí traigo dos mil quinientos reales que vengo de cobrar... (Sacando tres billetes.)
- CESAREO. Bastaria con eso.
- VALER. Le daré á usted los dos mil y me quedaré con los quinientos, porque hasta el veinte y seis no me vencen letras, y no tengo en casa más que el dinero del cajon. (Cesáreo finge no quererlos, hasta que al fin acepta y sta la insistencia del señor Valeriano.)
- CESAREO. Corriente. (Toma los dos billetes de mil reales.)
- EMILIA. (Ap. á Cesáreo.) (Qué haces?)
- CESAREO. (Evitaros el hambre.) Voy á extender el recibo.
- VALER. Vamos, vamos, no me ofenda usted ó tendré que firmarle un resguardo del tesoro que me acaba de confiar.
- CESAREO. Qué tal si es galante el señor Valeriano!
- VALER. Qué... ¿he dicho algo bueno? Pues mire usted, toda mi retórica la llevo aquí. (Por el corazon.)

ESCENA VII.

DICHOS, D. MANUEL.

- MANUEL. Ya están ustedes listos? Son las ocho y cuarto. Hola. (Saludando á Valeriano.)

- VALER. Felices. (Pues señor, me es antipático.)
- MANUEL. Yo no he mandado por las localidades por si no se las daban buenas al camarero.
- CESAREO. Pero don Manuel; usted no sabe que los forasteros no pagan nunca? Ya las tomaré yo.
- MANUEL. Nada, nada, me dejo querer. Algun día me tocará el turno.
- CESAREO. Usted se vendrá con nosotros, señor Valeriano.
- VALER. Adónde?
- CESAREO. Al Teatro Real.
- VALED. Hombre, no: ustedes irán á lunetas.
- CESAREO. Y qué?
- VALER. Qué yo cuando voy me meto arriba.
- MANUEL. ¿Y cómo un hombre de la posicion de usted no tiene un abono de butaca y se va á sudar el quilo en el paraiso.
- VALER. Para no hacerme mañana un toston en el infierno.
- CESAREO. Pues esta noche nos pertenece usted.
- VALER. Pero si los chicos no lo saben.
- CESAREO. Se les dice, que cerca están.
- VALER. Es que yo tengo costumbre de cenar con ellos á las diez.
- CESAREO. Pues se hace usted un poco de violencia y á la salida entramos los cinco á cenar en el Cisne, eh?
- MANUEL. Admirable!
- CESAREO. (Con intencion.) Todos vamos.
- VALER. Aún me sacará usted de mis casillas.
- CESAREO. Sí, hombre!
- VALER. Pues aviso en casa y vuelvo: hasta ahora. (Váse.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ménos el SEÑOR VALERIANO.

- MANUEL. Usted, Emilla, no se viste?
- EMILIA. Yo, la verdad, preferiria quedarme.
- MANUEL. Pues estaria bueno! No señor, todos, todos. Y la niña. (Subiendo al foro para llamarla.) Isabel! Isabel! En marcha.
- CESAREO. (Vente, ya no se necesita vender eso.) (Ap. á Emilia.)

- EMILIA. (Tengo que disponer el almuerzo.) (Ap. á Cesáreo.)
- CESAREO. (Mañana á primera hora.)
- MANUEL. (Bajando.) Pues señor, vengo de reñir para siempre con mi primo.
- CESAREO y EMILIA. Por qué?
- MANUEL. Porque ha hecho conmigo una cosa muy fea: fuí, como les dije á usted á pedirle dinero, y me salió con que los tiempos están muy malos, que hay mucha miseria, que no le pagan lo que le deben...
- EMILIA. Eso es verdad.
- MANUEL. Convenido; y haciéndome cargo de ello, le supliqué que me entregara tan solo dos ó tres mil reales para dárselos á ese chico, esta noche, con el fin de que se marche á Valencia á primera hora. Pues ha empezado con pretextos y evasivas... y, en una palabra, me los ha negado, diciéndome que no tenía tanto en su poder. Dígame usted qué persona medianamente acomodada se queda sin dos mil reales en su pupitre para cualquier evento.
- EMILIA. (Ay, Cesáreo!) (Ap. á su marido.)
- CESAREO. (Mujer.) (¡Ja.)
- MANUEL. Se ha oído buenas cosas y no vuelvo á saludarle. Por lo pronto se queda sin doscientas acciones que le tenía destinadas.
- EMILIA. Ha procedido mal.
- MANUEL. Y tanto! Teniendo parientes, ¿qué necesidad había de que yo viniese á molestarle á usted por una cosa tan insignificante?
- CESAREO. Verdaderamente. (Aturdido.)
- MANUEL. De modo que ya me hará usted el favor...
- CESAREO. Cuando usted guste.
- MANUEL. Ahora; he citado en el Real al chico ese, y...
- CESAREO. Ahora?
- MANUEL. Sí, porque no creo que usted sea de los que no tienen dos mil reales en su casa. (Riendo.)
- CESAREO. Quiere usted callar, hombre!... (Sacando los dos billetes y dándoselos á D. Manuel.)

EMILIA. Cesáreo nunca lleva ménos dinero en el bolsillo.

ESCENA IX.

DICHOS, é ISABEL, con velo puesto.

MANUEL. Hola! ¿ya está aquí Isabelita? ¿Qué tiene usted? ¿ha llorado?

ISABEL. No señor.

MANUEL. Vaya que sí! (Hablan aparte mientras Cesáreo y Emilia hacen lo mismo.)

CESAREO. (No puedes venir ya con nosotros.)

EMILIA. (No importa! pero tú te has comprometido á llevarlos al teatro y al Cisne.)

CESAREO. (Es verdad.)

EMILIA. (Y con qué lo haces?)

CESAREO. (No sé. Mira, lleva á vender esas prendas y tráeme en seguida el dinero.)

EMILIA. (Y el convite de mañana?)

CESAREO. (Por vida de!...)

EMILIA. Además, ¿cómo salgo de aquí sin infundir sospechas.

CESAREO. (Pretextaremos algo para no ir al Real.)

MANUEL. Vamos, alguna pasion contrariada.

ESCENA X.

DICHOS y el SEÑOR VALERIANO, que va á colocarse junto á Manuel é Isabel.

VALER. Aquí me tienen ustedes á su disposicion. (Viendo á Isabel.) Buenas noches, Isabelita.

MANUEL. Ya no falta nadie? Pues no hay tiempo que perder. Andando. ¿Pero qué es eso? Aún no está usted vestida? (Á Emilia)

EMILIA. Yo no voy.

MANUEL. Por qué?

EMILIA. Me siento un poco indispuesta.

ISABEL. Ebtónces me quedo yo contigo.

EMILIA. No, hija: si no es nada.

CESAREO. Milagro, que no se suscitaba algun inconveniente.
(Fingiendo mal humor.)

VALER. Eso se pasará oyendo la música.

CESAREO. Siempre has de aguar la fiesta.

EMILIA. Pero hombre, tengo yo la culpa de no estar bien?

MANUEL. Lleva razon Emilia. ¿Qué necesidad hay de que pase un mal rato? Nos vamos nosotros, y...

CESAREO. No hay vez que uo me proponga tener una expansion con ellas que no suceda una cosa parecida. Porque no va su madre tampoco va Isabel. Pues ea, no va nadie y todo resuelto. (Pausa. Muy incomodado toma una silla y se sienta junto á su mujer, que á su vez lo está al lado del velador. Á la izquierda de esta permanece de pie D. Manuel; y la niña, que se ha visto obligada á separarse de Emilia para dejar sitio á su padre, queda con el señor Valeriano á la derecha de aquel. Gran pausa y un silencio sepulcral, como acontece siempre que se suscita alguna cuestion de familia con testigos presenciales extraños á ella.)

ESCENA XI.

DICHOS y un NIÑO de unos diez años muy limpito, pero con unos zapatos remendados, chaquetita abrochada, bufanda rodeada al cuello, mitones de medios dedos de estambre y una carta en la mano.

NIÑO. Buenas noches. ¿El señor don Cesáreo? (Desde la puerta con la gorrita quitada.)

CESAREO. Quién ¿qué se te ofrece, niño?

NIÑO. De parte de mi papá que haga usted el favor de leer esta carta. (Dándosela. Cesáreo se pone á leerla.)

VALER. Qué despejadito es! (Á Isabel.)

MANUEL. Muy fuerte lo ha tomado. (Á Emilia.)

VALER. Cuántos años tienes? (Tocando la barba al niño.)

NIÑO. Nueve y medio.

ISABEL. Pobrecito!

VALER. Y qué estudias?

NIÑO. Música y cuentas que me enseña mi papá.

CESAREO. No me faltaba más que esto para acabarme de poner de

- buen humor.
- EMILIA. Quién te escribe esa carta?
- CESAREO. Rodriguez.
- MANUEL. El chico ese que vi en la estacion?
- CESAREO. El mismo. Parte el alma. Oigan ustedes. (Leyendo la carta.) «Esta tarde, al verificar unos cobros, he tenido »la desgracia de perder un billete de quinientos reales!» (Recitado.) El pobre está de cobrador en una casa de comercio, y con ocho reales que le dan mantiene á cuatro hijos y tiene que responder de las faltas y de la moneda falsa.
- VALER. Jesus!
- EMILIA. Infeliz!
- CESAREO. (Á Valeriano.) Y yo le he tenido de oficial de Fomento en Santander. (Lee.) «Es la segunda vez que me sucede »este percance, sin que, como la primera, abrigue la »esperanza de que mi jefe me exima de reponerlos. Á »usted, que conoce mi posicion, recorro en este caso á »fin de que me libre de verme mañana sin pan para »mis hijos, y en la persuacion de que me lo quitaré de »la boca por devolverle á usted una cantidad para cuyo »reintegro no cuento con más plazo que esta noche.»
- VALER. Esos son trabajos. (Enjugándose las lágrimas.)
- CESAREO. (Leyendo.) «Le mando á usted esta con el mayor de mis »hijos, y no voy yo en persona porque, como sabe usted, la noche la consagro á lo que en algun tiempo fué »un adorno de mi educacion y hoy es una tarea nada »lucrativa por cierto.» (Recitado.) El pobrecito va por ahí tocando el clarinete en las murgas. (Todos están afligidos. Cesáreo queda ensimismado.)
- MANUEL. Mucha miseria hay! Pero si uno fuese á socorrer todas las desgracias! Luego son tantos los que hipócritamente explotan la caridad!...
- VALER. El que confiesa su pobreza y tiene hijos y se saben sus antecedentes, es digno de que se le socorra. Y sobre todo, usted haga el bien y no mire á quién.
- MANUEL. Ah! positivamente. No es que yo dude... Tome usted y

- déle esto por mí. (Entregando á Cesáreo una moneda de cien reales. A Emilia.) ¿En qué mejor puedo emplear los cien reales que he ganado en el Casino? (Se va paseando hácia el foro.) Y á estas horas ya habrá empezado el *Fausto*. (Á Cesáreo.) Hombre, sea usted complaciente.
- CESAREO. (Á Emilia.) (Quisiera morirme en este momento. ¿Cómo evito el bochorno?)
- VALER. (Acercándose á Cesáreo y á Emilia con mucha reserva, y dándole al primero un billete, despues de lo cual, se dirige á buscar á D. Manuel, para impedir que vea lo que pasa en primer término.) Mire usted, sin que nadie se aperciba, déle usted esto al niño para que ese pobre hombre no se quede en la calle.
- CESAREO. Ah! (Al verse con el billete en la mano, y como encontrando su áncora de salvacion.)
- EMILIA. (Qué corazón tan hermoso!)
- VALER. (Yendo al encuentro de D. Manuel.) Don Manuel, de aquello he pensado...
- CESAREO. (Dándole al Niño los cien reales, y guardándose á hurtadillas el billete, pero no sin ser visto de Emilia.) Toma, niño, dále esto á tu papá, y dile que lo demas se lo llevaré yo mañana. (Bajo.)
- EMILIA. (Horrorizada.) (Cesáreo, no!)
- CESAREO. (Calla!)
- NIÑO. Que ustedes lo pasen bien.
- VALER. Adios, hijo mio.
- EMILIA. (Ap. á Cesáreo.) Qué has hecho?
- CESAREO. (Á Emilia.) (No lo sé. Ya tengo para esta noche.) (Mucha agitación en uno y otro.)
- EMILIA. (Ap. á Cesáreo.) Pero eso es un crimen!
- CESAREO. (Id. á Emilia.) No, yo se lo devolveré. (Muy marcado.)
- EMILIA. (Y cómo?)
- CESAREO. (Vende eso.)
- EMILIA. (Yo muero.)
- CESAREO. Rosa, Rosa.

ESCENA XII.

DICHOS y ROSA.

ROSA. Señor!

CESAREO. Busca dos carruajes; pero volando. (Váse Rosa.)

ESCENA XIII.

DICHOS, ménos ROSA.

CESAREO. Ea, señores, que ya es muy tarde: al teatro, al teatro!

MANUEL. Al fin se decide usted?

CESAREO. Naturalmente.

ISABEL. (Á Emilia.) Yo me quedaré haciéndote compañía.

EMILIA. No, hija; vas á disgustar á tu padre.

ISABEL. Qué fastidio!

VALER. Pero no estando bien doña Emilia podemos quedarnos.

CESAREO. Qué tontería! Si no es nada eso. ¿Nos hemos de privar todos de la ópera por una indisposicion... nerviosa que nada significa?

VALER. Hombre, sí que lo siento.

MANUEL. Por mí, lo que ustedes dispongan.

ESCENA XIV.

DICHOS y ROSA.

ROSA. Señor, ya están ahí los coches.

CESAREO. Ya vamos. (Váse Rosa.)

ESCENA XV.

DICHOS, ménos ROSA.

CESAREO. (Á Emilia.) Ea, adios, hija mia. Tómate una taza de café y verás cómo te alivias.

MANUEL. Sí, y recuéstese usted un poco.

VALER. Si usted quiere, yo me quedaré.

EMILIA. No faltaba más.

- ISABEL. (Besándola.) Adios, mamá. (Todos saludan á Emilia.)
- CESAREO. (Llevo un infierno en el alma.)—Qué es eso? (Se oye en la calle una murga, que ejecuta la introduccion ó paseo de la segunda parte del bolero *La Tertulia*.)
- ISABEL. Una murga! (Va al balcon.) Y tocan á la puerta de casa.
- VALER. Toma! toma! Que vienen á felicitarle á usted por ser mañana sus dias.
- CESAREO. Sí? (Empieza la segunda parte del bolero, cuyo canto le constituye un solo de clarinete, armonizándole el resto del instrumental.)
- ISABEL. ¡Ay, papá! es la segunda parte del bolero. (Se queda oyéndola.)
- CESAREO y EMILIA. (Aterrados.) Qué?
- MANUEL. Obligada de clarinete. Y no lo tocan mal. Qué tienen ustedes? (Á Emilia y á Cesáreo.)
- CESAREO. Nada!...
- VALER. Qué han de tener? lo que yo y lo que todo el que no carezca de entrañas. (Llorando.) Piensan que mientras nosotros vamos á divertirnos y á cenar muy opíparamente en el Cisne, ese infeliz Rodriguez acude á su puerta, acaso muerto de hambre, á darles gracias por la limosna que le han hecho.
- EMILIA. (Oh!)
- CESAREO. Sí, eso... eso es...
- EMILIA. (Idos, idos... que me ahogo y necesito llorar.) (Ap. á Cesáreo.)
- MANUEL. Y qué remedio? Este es el mundo.
- CESAREO. Vamos, señores, vamos.
- EMILIA. Sí, anden ustedes. (Empujándolos.)
- MANUEL. Hay que hacerse superiores.
- ISABEL. Adios, mamá. (Mucha animacion y voces confundidas hasta el momento de decir el señor Valeriano su frase, en que debe haber silencio para hacerla perceptible.)
- VALER. (Á Emilia.) Al ménos nos queda el consuelo de saber que ese hombre no perderá el pan de sus hijos. (Váse.)

ESCENA XVI.

EMILIA.

Emilia, que ha reprimido hasta ahora su llanto, al encontrarse sola le da riende suelta abandonándose á su dolor: pero repuesta al fin, toma la silla donde estan colocados el vestido y demas prendas, y la acerca al velador; extiende sobre este la chalina, coloca dentro el vestido, y mientras echa mano á la levita, dice recordando la última frase del señor Valeriano:

Que ese hombre no perderá el pan de sus hijos! Tal vez sí! Y por quién? Por Cesá... (En este momento tiene la levita en la mano.) Ah! no!... por tí! (Sin poder contener el horror que su vista le inspira, la arroja repulsivamente en el pañuelo.) Maldita seas! (Forma un lio de todo, y poniéndose el velo, gana el foro recatándose hasta de su sombra. La murga sigue tocando hasta el final.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA y CESÁREO.

CESAREO. Ya he traído los vinos y los cigarros: puede venir cuando guste don Manuel.

EMILIA. ¿Has visto si falta algo? Porque yo estoy tan aturdida que no sé darme cuenta de lo que pasa á mi alrededor.

CESAREO. Todo está perfectamente. Al mirar la mesa me he trasportado por un momento á Santander y me ha parecido que atravesaba uno de los más florecientes períodos de mi vida.

EMILIA. ¡Pero á cuánta costa, Cesáreo de mi alma!

CESAREO. Hija, mientras lo ignoren los de fuera...

AMILIA. Sí, porque no es bastante que el corazón nos lo recuerde á gritos. Es nuestra falta más grave de lo que á primera vista parece. Ahora me explico cómo sin darse cuenta de ello se convierte el hombre bueno en criminal. Tu conducta de anoche me tiene loca: privar á un infeliz de la limosna que le tiende una mano... que no es la tuya...

CESAREO. Por Dios, Emilia: tus palabras envuelven una acu-

sacion, cuya sola idea me horroriza.

EMILIA. Y sin embargo...

CESAREO. Calla, calla. Es verdad que la situacion me indujo á dar aquel paso por ganar momentos: pero la deuda sagrada que tengo contraida con Rodriguez, quedará hoy satisfecha.

EMILIA. ¿Y cómo? ¿Y con qué?

CESAREO. Vendiendo nuestros cuatro cubiertos de plata en cuanto hayamos concluido.

EMILIA. De verificar una farsa que nuestra conciencia no puede sancionar. ¿Y la deuda del juego?

CESAREO. Es que pronto cambiará nuestra suerte. El señor Valeriano...

EMILIA. Siempre esa esperanza, producto de nuestro egoismo, por más que la disfracemos con la máscara del amor paterno.

CESAREO. Eso nunca: la felicidad de Isabel...

EMILIA. ¿Por ventura crees tú que es ese el móvil que nos guia? ¿Ha sido ese pobre hombre objeto de la menor atencion por nuestra parte? ¿Qué detalle nos hemos permitido con él que demuestre simpatía? Hoy mismo sentamos á la mesa por vanidad á un sujeto absolutamente extraño á nuestras afecciones, mientras le negamos un sitio al que tanto derecho tiene á ocuparlo.

CESAREO. Bien; pero no ignoras la causa.

EMILIA. La causa! Mala es la que defendemos.

CESAREO. Yo opino que con cuatro cubiertos no pueden comer cinco personas. Aun así no tenemos para cambiar. No creas que no pensé en comprar otro; pero hija, con diez y ocho duros que te dió el prendero por mi levita y tu vestido, harto hemos hecho con presentar una mesa decente.

ESCENA II.

DICHOS y el SEÑOR VALERIANO, que en vano se esfuerza por reprimir el disgusto de que viene poseido y contesta á grandes pausas.

VALER. Buenos dias tengan ustedes.

- EMILIA. Felices.
- CESAREO. ¡Señor Valeriano! ¿Qué tal? ya se descansó?
- VALER. Sí, señor.
- EMILIA. ¿Le gustó á usted la ópera?
- VALER. Sí, señora.
- CESAREO. ¡Qué Mefistófeles tan admirable! eh?
- VALER. Sí, señor.
- CESAREO. ¿Qué tiene usted?
- VALER. Nada.
- EMILIA. Parece que trae usted mal humor.
- VALER. No señora.
- CESAREO. (Ap. á Emilia.) Sabrá lo del convite?
- EMILIA. (Ap. á Cesáreo.) Puede que se haya resentido.
- CESAREO. Pero hombre, ¿qué le pasa á usted?
- VALER. No haga usted caso: son cosas mías. El Guadarrama que no me prueba.
- EMILIA. Quiere usted que se le haga algo?
- VALER. Sí, señora.
- CESAREO. ¿Una taza de té?
- VALER. No señor, no. Permitirme hablar un momento á solas con Isabel, si no se oponen ustedes.
- EMILIA. Voy á llamarla al momento. (Es extraña su reserva!)

ESCENA III.

DICHOS, ménos EMILIA.

- CESAREO. Pero señor Valeriano, con franqueza, ¿tiene usted algun resentimiento con nosotros?
- VALER. ¿Me han hecho ustedes algo malo?
- CESAREO. Que yo sepa, no...
- VALER. Entónces...
- CESAREO. Es que le veo á usted como receloso y reservado.
- VALER. Aprension, hombre, aprension.
- CESAREO. Con todo...
- VALER. Mire usted, aquí viene su hija, y como ya he dicho, quisiera hablarla á solas.
- CESAREO. Ya me voy.

VALER. Creo que confiará usted en mi honradez.

CESAREO. Y en mi hija. (No acierto á comprender...) (Váse.)

ESCENA IV.

ISABEL y el SEÑOR VALERIANO.

ISABEL. Dice mamá que desea usted hablar conmigo.

VALER. Sí, señorita Isabel: pero hágame usted el favor de sentarse, porque voy á ser un poco largo. (Se sientan.)

ISABEL. Cuando usted guste.

VALER. Anoche su papá de usted, sin calcular todo lo feliz que me hacian sus palabras, me dijo que estaba usted dispuesta á llamarse mi esposa.

ISABEL. Es la verdad.

VALER. Si usted, siendo más niña, ha tenido afan por algun juguete, y ha pasado día tras día soñando despierta en él, y solicitando su posesion en cambio del mayor sacrificio, comprenderá la dicha que se experimenta al tenerlo junto á sí, acariciarlo y convencerse de una vez de que aquello es suyo. Únicamente de este modo puedo explicar á usted lo que yo sentí al lograr lo que tenía por imposible.

ISABEL. Gracias.

VALER. ¡Ah! no me lo agradezca usted, porque no es oro todo lo que reluce.

ISABEL. ¡Cómo!

VALER. Quiero decir, que me he permitido hacer mi composicion de lugar. Yo me he dicho: «Poco á poco, Valeriano; tú, al casarte, te impones la obligacion de hacer feliz á tu mujer, y su felicidad no ha de consistir solo en que la quieras mucho y la guardes todo género de consideraciones; es preciso tambien que calcules si sus gustos, su educacion, sus inclinaciones y sus costumbres están en relacion con las tuyas.»

ISABEL. (Confundida.) Pero no alcanzo...

VALER. Sí, señorita; yo he visto que usted ha nacido en otra esfera, y que por consiguiente, su posicion reclama

una manera de vivir diferente de la mía.

ISABEL. (Este hombre parece que lee en mi alma.)

VALER. Hay ciertos perfiles que yo, pobre palurdo, no poseo, y que sin embargo, para usted son la vida entera. Si mañana, unidos ya con esos lazos que no se rompen sino con la muerte, empezara usted á ver que mi conversacion era ruda; que mi trato carecia de atractivo, y que mis maneras se despegaban de mi traje, ¿no encuentra usted posible que la indiferencia sustituyese al cariño, y ó fuese usted la mujer más desgraciada de la tierra, ó yo el más vilmente engañado de los hombres?

ISABEL. (Conmovida.) Basta, basta.

VALER. ¿No es cierto que no seria usted feliz? ¿No es verdad que el matrimonio no puede ser eso?

ISABEL. (Sollozando.) ¡Oh, nunca!

VALER. Pues bien; yo me he hecho todas esas reflexiones y muchas más; pero como el hombre es débil y yo la quiero á usted mucho, á mi pesar me he puesto á transigir con mis ideas, tal vez tratando de engañarme á mí mismo. Me he forjado la quimera de que el amor no debe estar basado sino en las buenas condiciones del individuo, y que por lo tanto, las exterioridades de la forma son pequeñeces comparadas con la inmensidad del sentimiento (Sublimándose instintivamente.) He llegado á presumir que dedicándole á usted el mio, virgen á toda pasion, supliria con el exceso de mi cariño las faltas de una educacion que no ha estado en mi mano recibir, y á la que yo procuraria dirigirme con el ejemplo de usted. He soñado un mundo de felicidad con mi familia, mi trabajo, mi honradez. No tengo á nadie en la tierra: y en mis oraciones se lo he pedido á mi madre con ese santo fervor que me inspira su memoria, y con estas lágrimas que solo pueden arrancar á mi corazon la idea de un sueño que se desvanece, ó de una felicidad que enloquece, si no mata. (El Sr. Valetiano se enjuga las lágrimas, ó Isabel, que ha ido comprendiendo por las palabras de aquel toda la magnificencia de su corazon, le admira

- conmovida.)
- ISABEL. ¡Ah! sí, sí; ese es el amor; esa la felicidad.
- VALER. Ahora, señorita, que ha leído usted en el fondo de mi alma; que me he puesto delante de sus ojos tal cual soy, no me engañe usted ni se engañe á sí misma. ¿Su decision es hija del cariño, ó la guía otro móvil?
- ISABEL. Señor Valeriano, al hombre que vale lo que usted, no se le debe mentir. Hoy me llamaria su esposa con orgullo, con amor.
- VALER. (Ebrio de alegría.) ¡Madre mia!
- ISABEL. Ayer... ayer era usted objeto de una vergonzosa especulacion.
- VALER. ¡Cómo!
- ISABEL. Adoro á mis padres hasta el delirio...
- VALER. ¿Y bien?...
- ISABEL. (Llorando.) Los infelices están sumidos en la más espantosa de las miserias, y obligados por razon de las circunstancias á sostener una falsa posicion.—Dígame usted, qué ménos puede hacer una buena hija?
- VALER. Es verdad.
- ISABEL. Ahora, ya oida mi confesion, apréciela usted en lo que crea que valga.
- VALER. ¡Ah! es usted un ángel que me ha procurado la tranquilidad que me faltaba hace dos horas.
- ISABEL. ¿Cómo?
- VALER. Que cuando esta mañana, palpitando de emocion con el recuerdo de la carta de anoche, he acudido á rene-
diar la suerte de ese pobre padre de cuatro hijos, he descubierto la más negra de las felonías.
- ISABEL. ¿Qué?
- VALER. Que una limosna que entregué á don Cesáreo para esa desgraciada familia... no ha llegado á su poder.
- ISABEL. ¡Padre mio de mi alma!
- VALER. Todas las ideas se me agolparon aquí; (Por la frente.) y al acordarme de mi cariño me juzgué víctima de una infame negociacion.
- ISABEL. Mi padre es bueno; créalo usted.

- VALER. Lo será; pero tiene miedo de manchar la levita confesando su pobreza.
- ISABEL. Son deberes que la sociedad impone.
- VALER. La sociedad no impone al hombre más deberes que aquellos que no rechaza su conciencia. Si es pobre no debe dar convites por vanidad como el de hoy en esta casa, y en el que no ha habido un asiento para el que querían hacer su hijo.
- ISABEL. Ha sido por pura precion. No tienen más que los cuatro cubiertos indispensables para la mesa.
- VALER. Es verdad; ellos no saben que con cariño saben á gloria las patatas comidas con cuchara de palo. (Se oyen voces dentro.) Así las comeremos nosotros, eh?
- ISABEL. Con toda mi alma,
- VALER. ¡Ah! con mango de brillantes las tendrás. (En un arranque de entusiasmo.)
- ISABEL. Alguien viene. Silencio. ¡Por Dios! que ignoren que yo he dicho...
- VALER. Bueno. (Es un ángel!) (Mirándola extasiado.)

ESCENA V.

DICHOS, EMILIA, CESÁREO y MANUEL, que oportunamente se quita el sobretodo y queda de levita totalmente abrochada.

- EMILIA. Ya creíamos que no venía usted.
- MANUEL. Pues hija, mi retraso no llega á un cuarto de hora. (á Isabel.) ¡Hola, nena! ¿Qué tal, señor Valeriano?
- VALER. Perfectamente. (Vamos, que me apesta.)
(Manuel se quita el gaban.)
- CESAREO. Amigo, amigo, ¿se nos viene usted de pontifical! Pues nosotros le recibimos á usted de confianza.
- MANUEL. ¡Ah! ¡lo dice usted por la levita! Hombre, la buena forma es el todo.
- EMILIA. Sí, pero tan de rigor...
- MANUEL. No, le diré á usted; es que en cuanto acabe tengo que ir á ver al ministro de Fomento...
- CESAREO. ¿Es decir que ha llegado ya el equipaje?

- MANUEL. Sí...
- EMILIA. Sea enhorabuena.
- MANUEL. No la acepto.
- EMILIA. ¿Pues cómo?
- MANUEL. Porque no me han llegado más que los baules con la ropa. La maletita... voló!
- CESAREO. Hombre, ¡qué gracia!
- EMILIA. ¡Bien!
- VALER. (No me engañaron! Indudablemente es un bribon.)
- MANUEL. Señores, yo me voy sintiendo ya con apetito.
- ISABEL. Dentro de unos instantes podremos irnos sentando á la mesa.
- MANUEL. Y qué, señor Valeriano, ¿se decide usted á entregarme la carta esa de pedido para agregarla al expediente?
- VALER. Sí señor.
- MANUEL. ¡Ah! ¿No ha decidido usted nada respecto á las acciones?
- VALER. Hombre... hablaremos.
- CESAREO. (Ap. á Emilia.) (Ves? ya piensa de otro modo.)
- EMILIA. (Id. á Cesáreo.) (Dios quiera que se resuelva.)
- VALER. Luego, cuando acabe usted de almorzar... ya subiré y...
- MANUEL. Lo siento mucho, amigo; pero tengo tanto que hacer, que en cuanto concluya me despido y...
- CESAREO. ¡Pero cómo! ¿no volverá usted más tarde?
- MANUEL. Me es absolutamente imposible.
- EMILIA. ¿Pero ni cinco minutos?
- MANUEL. Ni cinco minutos.
- EMILIA. (Á Valeriano.) Pues arréglenlo ustedes ahora.
- VALER. Antes quiero consultar...
- MANUEL. Podemos hacer una cosa si ustedes no tienen inconveniente.
- EMILIA. ¿Cuál?
- MANUEL. Que almuerce con nosotros el señor Valeriano.
- EMILIA y CESAREO. (¡Cómo!)
- ISABEL. (Dios mio!)
- MANUEL. Y así le entero en la mesa...

CESAREO. Pero... puede que... el señor Valeriano haya comido ya...

EMILIA. Es verdad...

VALER. No, aún no.

MANUEL. Pues entónces decidido.

VALER. No, señores, dejen ustedes...

EMILIA. Si se ha de hacer usted violencia...

CESAREO. Con violencia no consiento.

ISABEL. ¡Cómo sufren!

MANUEL. ¡Qué tontería! Ruéguelo ustedes y...

EMILIA. Sí, señor Valeriano...

CESAREO. (Instigado por Manuel.) Ande usted, hombre.

VALER. (Viéndoles ya apurados.) Es que... la verdad... á mi no me gusta comer más que con mi cubierto.

ISABEL. ¡Qué hombre!

CESAREO. ¡Ah! pues si no es más que eso...

EMILIA. Sí, mandaremos por él. Yo respeto siempre esos caprichos.

MANUEL. ¡Qué aprension!

CESAREO. (Llamando.) ¡Rosa!

VALER. No, no llame usted. Ahora recuerdo que tengo una cita...

CESAREO. ¿Pero y las acciones?

VALER. (Mirando á Isabel.) Las acciones quedan desde luego por mías.

EMILIA. (Respirando.) ¡Ay!

CESAREO. ¡Por fin!

VALER. Á condicion de que se le adjudique la secretaría á don Cesáreo.

MANUEL. Desde luego.

EMILIA. ¡Gracias á Dios!

ISABEL. ¡Es mucho corazon el suyo!

VALER. (Ap.) Ahora me cercioraré. (Alto.) Supuesto que, segun dice usted, (Á D. Manuel.) hay tantos compromisos, no seria malo que me firmase usted una obligacion para no verme mañana en descubierto. (Con mucha intencion como inventando un recurso para descubrirle.)

- MANUEL.** Con mil amores; aquí mismo.
- CESAREO.** (Ap. á Emilia y la niña.) ¡Ya somos felices!
- EMILIA.** (Ap. á Cesáreo é Isabel.) ¡Ya era tiempo! (D. Manuel se sienta al velador y se pone á escribir sobre un papel de los que allí haya: el señor Valeriano, de pié á su espalda, le está contemplando. Emilia, Isabel y Cesáreo sostienen una satisfactoria conversacion al lado opuesto.)
- VALER.** Porque así el señor don Cesáreo asegura su colocacion, y yo no pierdo el derecho á mis acciones. (Sacando una carta del bolsillo y compulsando su letra con la de D. Manuel.)
- MANUEL.** Está muy bien entendido.
- VALER.** (Ap. reconociendo la letra.) (No hay duda! Es la misma!) Y luego que... á vida ó á muerte... Porque... no somos eternos...
- MANUEL.** Justo. (Escribiendo y recitando lo escrito.) De Febrero de mil ochocientos sesenta y siete. (Hablado.) Y la rúbrica. (Rubricando.)
- VALER.** ¿Por qué no firma usted Barbosa y Quirós? (Acabando de convencerse de la verdad.)
- TODOS.** ¿Qué?
- MANUEL.** (En su estupor se mete el papel que escribió en el bolsillo de la levita.) ¡Señor Valeriano!
- CESAREO.** ¿Qué dice usted?
- VALER.** Que esa letra y la de esta carta son iguales.
- MANUEL.** (Queriendo aparentar serenidad.) Eso... le probará á usted que su... suspicacia... carece de fundamento... Porque... á ser yo... el autor de su carta de usted... hubiera cuidado mucho de desfigurar... la letra...
- CESAREO.** Ciertamente.
- VALER.** Ó no; porque es un medio muy hábil para que no sospechen de usted, y pueda de ese modo engañar con la verdad. Y sobre todo, que desde anoche sus antecedentes me son suficientemente conocidos.
- CESAREO.** Señor Valeriano, está usted en mi casa, y no espero que se permita ciertas inconveniencias...
- MANUEL.** Si mis antecedentes no fueran conocidos...

VALER. ¿Pues por qué, si no teme usted nada, se mete ese resguardo en el bolsillo? Démele usted, que si es inocente ó no, los tribunales lo dirán.

EMILIA é ISABEL. ¡Cómo!

CESAREO. Basta.

MANUEL. Yo no suelto este papel... precisamente porque usted me lo reclama.

VALER. Entónces no extrañe usted que yo me lo tome. (Va á lanzarse sobre Manuel y Cesáreo los detiene.)

CESAREO. Don Manuel es un caballero.

VALER. Don Manuel es un ladrón.

ISABEL. ¡Mamá, mamá! (Amparándose en su madre.)

EMILIA. Hija mía, ven. (Yéndose ambas á un extremo asustadas y dando ayes.)

CESAREO. ¡Señor Valeriano!

MANUEL. ¿Á mi?...—¿Cómo se entiende?

VALER. Yo se le arrancaré.

MANUEL. ¡Basta!

VALER. ¡Ah! ya es mio!

(Valeriano se ha arrojado sobre Manuel para arrebatarle el documento; Cesáreo trata de separarlo, y se entabla un pugilato; pero en él lleva Valeriano la mejor parte, y metiendo por fin la mano en el bolsillo de la levita de Manuel, saca el resguardo envuelto entre el forro del bolsillo del pecho que ha arrancado del tirón, y que no es otro que el que Isabel aparece cosiendo al principio de la obra. Asombro en todos al ver el bolsillo en manos de Valeriano, que lo ostenta como presea.)

TODOS. ¡Oh!

CESAREO. ¿Qué veo? (Contemplando á Manuel y adivinando su historia.)

EMILIA. (Á Cesáreo.) ¡Tu levita!

CESAREO. ¡La que tú vendiste!

MANUEL. Creo que ahora... (Avanzando.)

CESAREO. ¡Basta! (Deteniéndole.) Está usted en mi casa y le impongo silencio. (Todos oyen con el mayor interés, pintando su sentimiento especial en el rostro.) No más ficciones. Fuera la hipócrita máscara que nos cubre, y con la cual, rindiendo párias al mundo, no hacemos sino caminar

al abismo. Señor Valeriano, desista usted para siempre del amor de mi hija; era tan solo una vergonzosa especulación para salvarme de la miseria. Sí, soy pobre, pobre; pero quiero vivir honrado para mi familia, para mí, para Dios. Yo soy ese infeliz que, sin pan que llevarse á la boca, despreció ayer la limosna que hoy acepta. Amasaré yeso con levita; seré un triste jornalero, pero las gentes sensatas aplaudirán mi conducta: y cuando llegue la noche habré podido comer unas patatas con honra, y dormiré sobre un felpudo con la conciencia tranquila.

EMILIA. (Abrazándole.) ¡Cesáreo de mi alma!

ISABEL. (Id.) ¡Padre mio!

VALER. (Que ha estado oyendo con fruición lo que decía Cesáreo.) Así, así le quiero yo. Ya se arreglará todo. Don Manuel aquella es la puerta. Otro habrá que le delate á usted.

MANUEL. Es que yo...

CESAREO. Muérase usted de vergüenza. (Con el forro en la mano y cogiéndole la solapa de la levita á D. Manuel.) Esto lo he vendido yo para rendirle á usted culto.

TODOS. ¡Oh!

VALER. (Á Cesáreo.) ¡Qué cerca ha estado usted de que le tocaran la tercera parte del bolero!...

FIN.

Examinada esta comedia (muy bonita, corrigiendo el final, que es malo), no hallo inconveniente en que su representación se autorice.

Madrid 26 de Febrero de 1868.

El Censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.

Doy las más expresivas gracias al Sr. Serra por su dictámen sobre mi obra, que respeto en todo lo que vale cuanto de su talento procede; pero como el egoísmo preside nuestras acciones, no puedo sentir, sino alegrarme, de que el público no haya opinado como él, por cuanto en el final precisamente fui llamado tres veces á la escena con los actores que, dicho sea de paso, estuvieron inimitables.

Acaso sea la única vez que, literariamente hablando, se haya equivocado el Sr. Serra, que cuenta sus obras por sus triunfos; pero esto no prueba más sino que

Aliquando bonus dormitat Homerus.

... las expresiones que el Sr. Serra ha en
... el Sr. Serra, que en esta su obra
... el Sr. Serra, que en esta su obra
... el Sr. Serra, que en esta su obra

Hay las más expresivas gracias al Sr. Serra por su di-
tamen sobre mi obra, que respeto en todo lo que vale
estado de su talento práctico; pero como el egoísmo pre-
sido nuestras acciones, no puedo sentir, sino alegrarme,
de que el público no haya opinado como él, por cuanto
en el final precisamente fué llamado tres veces a la escena
con los actores que, debido sea de paso, estuvieron inimi-
tables.

Acaso sea la única vez que, literalmente hablando, se
haya equivocado el Sr. Serra, que entre sus obras por
sus límites; pero esto no prueba más sino que

Algunos buenos ejemplos literarios.

... de los buenos ejemplos literarios.
... de los buenos ejemplos literarios.
... de los buenos ejemplos literarios.

... los buenos ejemplos literarios.
... los buenos ejemplos literarios.
... los buenos ejemplos literarios.
... los buenos ejemplos literarios.
... los buenos ejemplos literarios.

La segunda cenicienta.
 La peor cuna.
 La choza del almadrero.
 Los patriotas.
 Los lazos del vicio.
 Los molinos de viento.
 La agenda de Correlargo.
 La cruz de oro.
 La caja del regimiento.
 Las sisas de mi mujer.
 Lluven hijos.
 Las dos madres.
 La hija del Rey René.
 Los extremos.
 La frutera de Murillo.
 La cantinera.
 La venganza de Catana.
 La marquesita.
 La novela de la vida.
 La torre de Garan.
 La nave sin piloto.
 Los amigos.
 La judía en el campamento, ó glorias de Africa.
 Los criados.
 Los caballeros de la niebla.
 La escala de matrimonio.
 La torre de Babel.
 La caza del gallo.
 La desobediencia.
 La buena alhaja.
 La niña mimada.
 Los maridos (refundida.)
 Mi mamá.
 Mal de ojo.
 Mi oso y mi sobrina.
 Martín Zurbarano.
 Marta y María.
 Madrid en 1818.
 Madrid á vista de pájaro.
 Miel sobre hojuelas.
 Mártires de Polonia.
 Matia! ó la Emparedada.

Misericordias de aldea.
 Mi mujer y el primo.
 Negro y blanco.
 Ninguno se entienda, ó un hombre tímido.
 Nobleza contra nobleza.
 No es todo oro lo que reluce.
 No lo quiero saber.
 Nativa.
 Olimpia.
 Propósito de enmienda.
 Pescar á río revuelto.
 Por ella y por él.
 Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
 Por la puerta del jardín.
 Poderoso caballero es D. Dinero.
 Pecados veniales.
 Prenia y castigo, ó la conquista de Ronda.
 Por una pensión.
 Para dos perdices, dos.
 Prestamos sobre la honra.
 Para mentir las mujeres.
 ¿Que convidó al Coronel...
 Quien mucho abarca.
 ¿Que suerte la mía!
 ¿Quién es el autor?
 ¿Quién es el padre?
 Rebeca.
 Ribal y amigo.
 Rosita.
 Su imágen.
 Se salvó el honor.
 Santo y peana.
 San Isidro (Patron de Madrid.)
 Sueños de amor y ambicion.
 Sin prueba plena.
 Sobresaltos de un marido.
 Si ja mula tuera buena.
 Tales padres, tales hijos.
 Traidor, moñeco y mártir.

Trabajar por cuenta ajena.
 Todos unos.
 Torbellino.
 Un amor á la moda.
 Una conjuración femenina.
 Un dómine como hay pocos.
 Un pollito en calzas prietas.
 Un huesped del otro mundo.
 Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco.
 Uno de tantos.
 Un marido en suerte.
 Una leccion reservada.
 Un marido sustituto.
 Una equivocacion.
 Un retrato á quemarropa.
 ¡Un Tiberio!
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitalicia.
 Una llave y un sombrero.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una leccion de córte.
 Una falta.
 Un paje y un caballero.
 Un sí y un no.
 Una lagrima y un beso.
 Una leccion de mundo.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regicida!
 Un marido cogido por los cabellos.
 Un estudiante novel.
 Un hombre del siglo.
 Un viejo pollo.
 Ver y no ver.
 Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
 Armas de buena ley.
 A cual mas feo.
 Ardides y cuchilladas.
 Claveyina la Gitana.
 Cupido y Marte.
 Ceño y Flora.
 D. Sisenando.
 Dona Mariquita.
 Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.
 Don Pascual.
 El Bachiller.
 El doctrino.
 El ensayo de una ópera.
 El calesero y la maja.
 El perro del hortelano.
 En cinta y en Marruecos.
 El leon en la ratonera.
 Enredos de carnaval.
 El delirio (drama lirico.)
 El Postillon de la Rioja (Música.)
 El vizconde de Letorieres.
 El mundo á escape.
 El capitán español.
 El corneta.
 El hombre feliz.
 El caballo blanco.
 El colegial.
 El último mono.
 El primer vuelo de un pollo.
 Entre Pinto y Valdemoro.
 El magnetismo... ¡animal!
 El califa de la calle Mayor.
 En las astas del toro.

El mundo nuevo.
 El hijo de D. José.
 Entre mi mujer y el primo.
 El noveno mandamiento.
 El juicio final.
 El gorro negro.
 El hijo del Lavapiés.
 El amor por los cabellos.
 El mudo.
 El Paraíso en Madrid.
 El elixir de amor.
 El sueño del pescador.
 Giralda.
 Harry el Diabolo.
 Juan Lanas. (Música.)
 Jacinto.
 La litera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
 Las bodas de Juanita. (Música.)
 Los dos flamantes.
 La modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La espada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca negra.
 La estatua encantada.
 Los jardines del Buen retiro.
 Loco de amor y en la córte.
 La venta encantada.
 La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. (Música.)
 La toma de Teiuan.
 La cruz del valle.
 La cruz de los Humeros.
 La Pastora de la Alcarria.
 Los herederos.
 La pupila.
 Los pecados capitales.
 La gitania.
 La artista.
 La casa roja.
 Los piratas.
 La señora del sombrero.
 La mina de oro.
 Mateo y Matea.
 Moreto. (Música.)
 Matilde y Matek-Adhel.
 Nadie se muere hasta que Dios quiere.
 Nadie toque á la Reina.
 Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.
 Por amor al prójimo.
 Peluquero y marqués.
 Pablo y Virginia.
 Retrato y original.
 Tal para cual.
 Un primo.
 Una guerra de familia.
 Un cocinero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo.
 Un marido por apuesta.
 Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	S. Ruiz.	<i>Lucena.</i>	J. B. Cabeza.
<i>Alcalá de Henares.</i>	Z. Bermejo.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Pujol.
<i>Alcoy.</i>	R. Martí.	<i>Mahon.</i>	P. Vincent.
<i>Algeciras.</i>	R. Muro.	<i>Málaga.</i>	J. G. Taboadela y F. de Moya.
<i>Alicante.</i>	V. Mudo de Ibarra.		A. Oiona.
<i>Almagro.</i>	A. Vicente Perez.	<i>Manila (Filipinas).</i>	N. Clavel.
<i>Almería.</i>	M. Alvarez.	<i>Malara.</i>	Viuda de Belgado.
<i>Andújar.</i>	D. Garacuel.	<i>Mondohedo.</i>	D. Santolalla.
<i>Antequera.</i>	J. A. de Palma.	<i>Montilla.</i>	T. Guerra y Herederos de Andrion.
<i>Aranjuez.</i>	D. Santisteban.	<i>Murcia.</i>	V. Calvillo.
<i>Avila.</i>	S. Lopez.		J. Ramon Perez.
<i>Aviles.</i>	M. Roman Alvarez.	<i>Ocaña.</i>	J. Martinez Alvarez.
<i>Badajoz.</i>	F. Coronado.	<i>Orense.</i>	V. Montero.
<i>Baeza.</i>	J. R. Segura.	<i>Orihuela.</i>	J. Martinez.
<i>Barbastro.</i>	G. Corrales.	<i>Osuna.</i>	Hijos de Gutierrez.
<i>Barcelona.</i>	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I. Cerdá.	<i>Oviedo.</i>	P. J. Geisbert.
	P. Lopez Coron.	<i>Palencia.</i>	J. Rios Barrera.
<i>Bejar.</i>	E. Delmas.	<i>Palma de Mallorca.</i>	J. Buceta Solla y Comp.
<i>Bilbao.</i>	T. Arnauz y A. Hervias.	<i>Pamplona.</i>	J. de la Gámara.
<i>Cabro.</i>	B. Montora.	<i>Pontevedra.</i>	J. Valderrama.
<i>Cáceres.</i>	J. Valiente.	<i>Puerto (Cordoba.)</i>	J. Mestre, de Mayaguez.
<i>Cádiz.</i>	V. Morillas y Compañia.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	C. Garcia.
<i>Catalayud.</i>	F. Molina.	<i>Requena.</i>	M. Prádanos.
<i>Canarias.</i>	F. Maria Poggi, de Santa Cruz de Tenerife.	<i>Reus.</i>	Viuda de Gutierrez,
	J. M. Eguiluz.	<i>Rioseco.</i>	R. Huebra.
<i>Carmona.</i>	E. Torres.	<i>Ronda.</i>	R. Martinez.
<i>Carolina.</i>	J. Pedreno.	<i>Salamanca.</i>	J. Aldrete.
<i>Cartagena.</i>	J. M. de Soto.	<i>San Fernando.</i>	L. de Ona.
<i>Castellon.</i>	I. Ocharán.	<i>S. Idefonso (La Granja)</i>	A. Garralda
<i>Castroviales.</i>	M. Garcia de la Torre.	<i>Santúcar.</i>	S. Herrero.
<i>Ceuta.</i>	P. Acosta.	<i>San Sebastian.</i>	C. Medina y F. Hernandez.
<i>Ciudad-Real.</i>	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.	<i>S. Lorenzo (Escorial).</i>	B. Escribano.
<i>Córdoba.</i>	J. Lago.	<i>Santander.</i>	E. M. Salcedo.
<i>Coruña.</i>	M. Mariana.	<i>Santiago.</i>	F. Alvarez y Comp.
<i>Cuenca.</i>	J. Guill.	<i>Segovia.</i>	F. Perez Rioja.
<i>Ecija.</i>	N. Taxonera.	<i>Sevilla.</i>	A. Sanchez de Castro.
<i>Ferrol.</i>	M. Alegret.	<i>Soria.</i>	P. Veraton.
<i>Figueras.</i>	F. Dorca.	<i>Talavera de la Reina.</i>	V. Font.
<i>Gerona.</i>	Crespo y Cruz.	<i>Tarazona de Aragon.</i>	F. Baquedano.
<i>Gijon.</i>	J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.	<i>Terragona.</i>	J. Hernandez.
<i>Granada.</i>	R. Obana.	<i>Teruel.</i>	L. Poblacion.
<i>Cuadajajara.</i>	M. Lopez y Compañia.	<i>Toledo.</i>	A. Herranz.
<i>Habana.</i>	P. Quintana.	<i>Toro.</i>	M. Izalzu.
<i>Haro.</i>	J. P. Osorno.	<i>Trujillo.</i>	M. Martinez de la Cruz
<i>Huelva.</i>	K. Guillen.	<i>Tudela.</i>	T. Perez.
<i>Huesca.</i>	R. Martinez.	<i>Tuy.</i>	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
<i>Irun.</i>	J. Perez Fluixá.	<i>Ubeda.</i>	D. Jover y H. de Rodrig. Soler, Hermanos.
<i>Játiva.</i>	F. Alvarez de Sevilla.	<i>Valencia.</i>	M. Fernandez Dios.
<i>Jerez.</i>	J. Urquia.		L. Creus.
<i>Las Palmas (Canarias)</i>	Mihon Hermano.	<i>Valladolid.</i>	A. Juan.
<i>Leon.</i>	J. Sol e hijo.	<i>Vich.</i>	A. Oguet.
<i>Lerida.</i>	R. Carrasco.	<i>Vigo.</i>	V. Fuertes.
<i>Linares.</i>	P. Briebe.	<i>Vitania y Celtrá.</i>	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.
<i>Logroño.</i>	A. Gomez.	<i>Vitoria.</i>	
<i>Lorca.</i>		<i>Zafra.</i>	
		<i>Zamora.</i>	
		<i>Zaragoza.</i>	

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.